

PODER DEL CANTO

(DE SCHILLER.)

I

Un torrente, con trueno fragoroso,
 Como un hirviente foso
 Enhiestos montes precipita en ruínas
 Y por quebradas abruptas se despeña:
 No hay del agua otra seña
 Que el ritmo á golpes que desraiga encinas.

II

Con deleitable horror siente el viajero
 Ese ruido agorero:
 Así de la poética armonía
 Percibe el sér humano en onzas gratas
 Grandiosas cataratas,
 Sin ver la fuente en la montaña umbría.

III

De terribles seres y 'del Had,
 Es el poeta aliado:
 Enlazan hilos de la vida ocultos....
 Quién deshará los nudos del misterio?
 ¿Quién resiste al imperio
 De la voz de los genios insepultos?

IV

El regío cetro empuña de las almas:
 O entre gloriosas palmas
 Remonta los espíritus al cielo,

O les conduco al seno de la muerte.
 ¿Qué mucho que despierte
 Flexible el corazón al vario anhelo?

V

Cual del destino el gélido fantasma
 Aun á los héroes pasma,
 Y, sabio aparecido de otro mundo,
 Máscaras rompe, y la verdad triunfante
 Impulsa hacia adelante,
 E impone en lo moral orden profundo.

VI

Así de la existencia alivia el bardo
 El oneroso fardo
 Ya que transporta á espiritual esfera:
 Ante el estro divino todo calla:
 Cuando su acorde estalla,
 Hasta el Dolor desanda su carrera.

VII

Y así como tras ímprobos deseos,
 Ausencia y devaneos,
 Retorna el hijo al maternal regazo,
 Así el cantor, dejando estéril vicio
 De reglas de arteficio,
 Vuelve á Natura en amoroso abrazo.

ISMAEL CRESPO.

GUAYABITAS DE SAN JUAN

No sé por qué capricho extraño hoy se me ha ocurrido hojear mi diario, ese libro que por tantos años ha permanecido oculto allá en el fondo de una alacena. Sus fojas, á pesar de su olor á

moho, me traen la remembranza de las horas que he vivido.

¿Qué me importa que amarillentas, con la tinta descolorida y las líneas medio borrosas, huelan á humedad, á vejez, si aún

las puedo descifrar, si en ellas revivo el pasado y experimento cierta fruición que semeja el reflejo de las sensaciones de ese entonces, cual si el dedo del tiempo no hubiera surcado mi rostro y blanqueádome el cabello?

Pero el libro no es propiamente un *Diario*. Es la crónica de los episodios más fuertes que he experimentado.

Allí solo halló cabida la relación del día en que estuve en peligro de muerte; la vez aquella en que me batí en duelo; la ocasión primera en que ví á Letty; la fecha de un largo viaje; una nota hecha en las antípodas; un episodio trágico en que tomé parte; un asesinato en el que serví de inconsciente juguete de la suerte; el día en que la dije adiós para siempre; y, así, cosas por el estilo, grandes para mí, é indiferentes para los demás, y todo con fechas que si á veces sólo se separan por semanas, en otras líneas llevan años de por medio.

Y, hojeando, hojeando, porque en ocasiones cuando me siento dominado por la neurosis de escribir, cuando me atormenta con la fuerza de una necesidad física, el deseo de poner en signos mis pensamientos,—fenómeno que me hace reconocer que la idea no es tanto fruto del esfuerzo de la voluntad, cuanto el desarrollo espontáneo de un germen fisiológico,—ahogo la efervescencia por

producir, reviviendo, en el pasado,

Volteo páginas.

Llego casi á las primeras.

Estoy en 187.....

Tengo apenas ocho años.

Soy un muchacho travieso, alo-
cado. Todo el que me ve exclama:
Ah niño necio!

A pesar de que estoy en las líneas correspondientes al año de setenta y pico, veo por una nota al pié, que esto lo escribí cinco años después, pero comprendo perfectamente que lo que el muchacho de trece escribía, fue lo que el niño de ocho sintió.

Está tan gráfico!

Aún hoy al leerlo, no me acuerdo de cómo, cuándo, ni dónde lo escribí, pero sí experimento después de más de una quincena de años, las sensaciones de ese entonces, cuando en esa bella tarde del mes de Junio, una partida de niños alegres y bulliciosos, se dirigían por la calle real de X, en dirección á los afueras de la ciudad á coger guayabitas de San Juan.

Eramos bastantes, más de una docena, y eso, sin contar á las criadas que llevaban á los más pequeños de la mano, porque, jamás he acostumbrado el contar á mis enemigos, y siempre me he enseñado á considerar á los sirvientes, como á los peores de este gremio.

Eramos más de doce, repito; chicos de pantalones á la rodilla

y chicuelas con basquiñas cortas. La mayor de ellas tendría diez años: me llevaba dos.

Su nombre era.....

Cómo se llamaba? No lo digo: en este caso, priva aún en el nombre el pudor del niño que le hacía temer el traicionar su amor primero, dando á extraños la flor de su corazón virgen.

Esto es un secreto, un secreto como el que todo el mundo lleva en el pecho, porque á pesar de que han pasado tantos años, á pesar de que hoy.....Sea lo que sea, ella para mí todavía es la "niña grande" que solía á menudo desecharme de sus juegos de muñecas.....porque.....porque decía ella muy seria que los hombres no habían nacido para jugar con las mujeres.

Tendría razón?

Pero por qué esa seriedad? Habría acaso leído lo que yo sin saber qué era, sentía por ella, y á su pesar me agradecía el que la amara, porque toda mujer agradece las manifestaciones de amor que se le hacen, aun cuando sólo sea porque ellas halagan su vanidad?

Dominado por los recuerdos de ese pasado, árdua tarea me es el no perderme en el laberinto de las reminiscencias.

De esa partida de chicos que íbamos á coger guayabitas silvestres, ella hacía parte, casi encabezaba la excursión.

¡Cómo la veo correr por el llano con la cabellera rubia suelta por los hombros y azotada por el aire; con sus mejillas rojas como peonía; su blanca frente salpicada de perlas cristalinas; sus labios húmedos y sus manitas pegajosas de coger las frutitas de los arbustos!

¡Cuán bien la recuerdo escogiendo las guayabitas más maduras que llevan color uchuva y que son grandes, y pecosas como el huevito de un colibrí, para ponerla con sus deditos melosos entre mi boca y poderme regañar cuando de intento se los mordía!

Aún me parece verla correr; cómo oigo sus gritos de alborozo, cuando por casualidad encontraba entre el matorral alguna frutita grande como cuartillo y que de muy madura había tomado tintes casi achocolatados.

Recuerdo su zagalejo grana, su chaquetita también de color de grana, su sombrero pajizo de anchas alas, atado desde la copa por una cinta que se las hacía caer sobre las mejillas, y sus zapatitos que me recordaban esos tinteritos que vendían á real en la tienda de frente á casa.

La veo con su rostro entonado con fuego de vida por el calor y el movimiento y con sus ojos chispeantes, semejantes á dos violetas húmedas, grandes, dulces y con ráfagas de perfume de alma.

Corriendo ella adelante y yo corriendo siempre en pos, dejamos la turba de chicos y criadas muy atrás hasta que dimos con un arbusto cargado de guayabitas, que parecía un árbol de Navidad.

Rodeado estaba de olivos en flor y cuando pisó ella la alfombra de oro que las flores habían tendido, no me atreví á seguirla..... me pareció una deidad sobre un mar de fuego.

—Mira, me dijo, cuántas guayabitas.

—De esas no podremos comer, le respondí pesaroso.

—Vaya! que si comemos, exclamó con sonrisa tentadora, vén acá.

Me acerqué tembloroso: siempre que me le acercaba, sentía como escalofrío, y ella se ponía roja.

—Te voy á alzar, te agarrarás de la primera rama, y luego tú seguirás trepando.

Y diciendo y haciendo, me cogió por la cintura, me oprimió contra su pecho y ¡lo juro por mi honor! me oprimió más de lo necesario.

Me puse rojo como carmín; ella, quizá por el esfuerzo, algo pálida, y entonces.....

—Súbe, no seas bobo, y sacúde

las ramas que yo recojo, me dijo con imperio, cual si quisiera encubrir una emoción.

Era muy débil: mis fuerzas no bastaban; así fue que viendo mi impotencia exclamó:

—Dáme la mano que voy á trepar.

Me agarré al gajo como pude y logré subirla á donde yo estaba, pero al esfuerzo vinimos ambos á tierra.

—¿Te has herido? preguntó angustiada. ¿Qué te ha pasado?

Apenas le pude responder: tenía tal placer con tenerla junto!

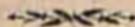
—Tóma, me dijo, no seas flojo; esto es mejor que las guayabitas.

Y posó sobre mis labios sus labios rojos y ardientes.

Y ese beso prolongado, que sin duda lo debo á esa salida,—porque el campo tiene la propiedad de despojarnos en parte de la máscara á que nos obliga la sociedad.—lo vino á cortar ¡con qué ira lo recuerdo! la turba de chicos y de nodrizas que en busca nuestra se aproximaba gritando:

—Carlos..... Caa...a...ar...los....
¿Dónde estás.....?

EMILIO DELMAR.



DE NOVIEMBRE

(INÉDITA)

A veces, cuando voy al Camposanto,
 Pongo el oído en las oscuras grietas
 Que abre el tiempo en el duro calicanto
 De las tumbas, y en tanto
 Que agudas cual saetas
 Las aves me prodigan indiscretas
 Miradas llenas de profundo espanto,
 Oigo vagos ruidos
 Allá en el fondo de las negras cajas
 Donde duermen los muertos ateridos
 Envueltos en sus fúnebres mortajas;
 Y entonces, confundido
 En busca de mi madre corro al punto
 Y después de contarle lo que he oído
 Ansioso le pregunto:
 —No creés que ese ruido
 De las tumbas indica
 Que entran allí las auras y retozan?
 Y mi madre al instante me replica:
 —No es eso: son los muertos que sollozan.....

JULIO FLOREZ.

ELISA GEOFFRAY

Joven aún, pero sintiendo yá los síntomas de una dolencia que debía abreviar su vida, Carlos Geoffray, antiguo ingeniero y dueño de una fortuna colosal, se había refugiado en un pintoresco castillo que poseía en Grenoble.

Allí educó é instruyó por sí mismo

á su hija Elisa, fiel imagen de la adorada mujer que había sido la compañera de su existencia.

Geoffray no recibía á nadie y no tenía más que un amigo, que residía en una modesta finca de las inmediaciones del castillo.

Era el gran paisajista Pedro Hur-

delo, que en los comienzos de su carrera había gozado de extraordinaria reputación y que olvidado luégo, octogenario y achacoso, terminaba sus días casi en la miseria.

Geoffray quiso socorrerle en varias ocasiones, pero se estrelló siempre contra una altivez absoluta, que se obstinaba en no transigir jamás.

A lo sumo aceptaba el anciano una que otra golosina, que de vez en cuando le llevaba á su casa la misma Elisa.

En sus conversaciones le había enseñado Hurdelo todo lo que acerca del arte se puede aprender teóricamente, y por lo tanto, aquella muchacha de diez y ocho años, hermosa, ágil y robusta, unía á una serie de vastos conocimientos, un candor verdaderamente infantil.

Presintiendo, sin duda, su próxima muerte, Geoffray concibió el proyecto de casar á su hija, y á este fin la llevó á Grenoble, donde la presentó á las más distinguidas familias y luégo dió en su castillo suntuosas fiestas y magníficos banquetes.

Elisa se hizo desde luego cargo del egoísmo humano en toda su fealdad, y comprendió la perfecta insignificancia de las relaciones sociales.

No tuvo que meditar mucho tiempo para adivinar que entre los jóvenes que le hacían la corte, ninguno valía tanto como su padre y como Hurdelo.

Por lo tanto, antes de decidirse quiso enterarse á toda costa de lo que es en realidad la vida de una mujer casada.

La ocasión se le presentó mucho antes de lo que esperaba.

Una prima suya, Olimpia Thellien, á quien Elisa amaba con ternura, se había casado hacía algunos años con un gran propietario Mr. Saliz,

que vivía en el campo, en las cercanías de Dijon.

Mr. Geoffray tuvo que hacer un viaje á París en compañía de su hija, y ésta consiguió de su padre que se detuvieran un día en Dijon para ver á Olimpia.

Quiso la casualidad que Mr. Salzi estuviese de viaje y que mientras Geoffray se entretenía en recorrer la finca, las dos primas pudiesen hablar tranquilamente á sus anchas.

— Sí, Elisa, dijo Olimpia; el matrimonio es para mí una cosa horrible. Yo soy una esclava, una criada mal pagada, que de nada puede disponer.

— Pero, exclamó Elisa, Salzi te ama, según creo.

— Estás en un error, Olimpia; pero la prudencia me impide hacerte ciertas revelaciones que no son del caso. Sólo te diré que traje una dote de quinientos mil francos y que no soy dueña de hacerme un vestido cuando se me antoja, ni de permitirme el lujo de adquirir una joya que sea de mi agrado.

— Pero, repuso Elisa, eres madre.

— Mi marido enseña á mis hijos á no quererme. No te cases, Elisa.

Con las angustias de un corazón destrozado, madame Thellien dijo á su prima todo esto y algunas cosas más.

Desde aquel momento tomó Elisa un partido definitivo, y juró no sujetarse al yugo de nadie.

De vuelta al castillo, cuando su padre le hablaba de matrimonio, siempre encontraba la doncella medios de evadir la cuestión, y así se dilataron las cosas mientras vivió Mr. Geoffray.

Cuando éste hubo exhalado el último suspiro, Elisa lloró á su padre, sin abandonar ni por un solo instante su soledad.

Pero al cabo de algún tiempo y a-mortiguado en cierto modo su dolor, dirigióse una tarde á casa de Hurdelo, y le dijo de repente:

—¿Quiere usted aceptarme por esposa?

Después de varias explicaciones, el anciano artista comprendió lo que Elisa deseaba, y atado de pies y manos se entregó á discreción á su hermosa vecina.

A los pocos días se celebró el matrimonio y Hurdelo se trasladó al castillo, donde fué admirablemente cuidado por su esposa.

Elisa le consolaba y le atendía como una Hermana de la Caridad, le acompañaba constantemente y le leía excelentes libros.

Un año después de la boda dejó de existir Hurdelo, al mismo tiempo que una viuda, cuyo marido había perecido en Africa, sucumbía al dar á luz un robusto niño, el cual fué bautizado con el nombre de Pedro.

Elisa consiguió fácilmente que se le confiara el niño, con el que se fué á vivir á París.

De este modo había podido realizar el plan que había concebido. Doncella y libre de todo yugo, era viuda y madre.

Dueña de una magnífica casa rodeada de jardines y soberbiamente amueblada, consagróse Elisa á dos tareas, muy distintas por cierto.

La primera, que con sus millones era cosa fácil, fué la de hacer visible el mérito de los cuadros de Hurdelo que llegaron á ser elogiados por la prensa y adquiridos á precios muy fabulosos por los coleccionistas. El o-

tro deber de la viuda, fué el de dirigir la educación de su hijo adoptivo.

A la edad correspondiente, Pedro tuvo por preceptor un sacerdote dotado de extraordinario saber, que le enseñó el griego y el hebreo, la historia y varias lenguas vivas.

Al mismo tiempo lo instruían los mejores maestros de música, de esgrima y de equitación, y Elisa le enseñaba á ser bueno, elegante y bien educado.

Pedro recompensó los cuidados y las atenciones de su protectora y puede asegurarse que nunca ha habido madre más querida y venerada que Elisa.

Así refería madame Hurdelo su vida á su amigo Chatanay, que era tutor de Pedro, y á quien se proponía legar aquel niño tan querido, en el caso de que ella no pudiera vivir lo bastante para verle convertido en un hombre de provecho, digno, honrado y útil á la sociedad.

—¡Ah! exclamó aquel eminente jurisconsulto. ¿No ha sido usted la más dichosa de las mujeres? Gracias á las precauciones que usted ha tomado y al maravilloso instinto que la distingue, ha logrado usted sus- traerse á la ley social.

—Sí, he evitado no pocos inconvenientes y sinsabores, dijo Elisa con marcado acento de tristeza. Pero cuando pienso en mi vida pasada, experimento horribles amarguras, porque no he sido madre con el dolor de mis entrañas, como lo exige la ley ineludible y divina.

TEODORO DE BANVILLE.



EL BORRACHO

(DE COPEE)

I

Siempre borracho entraba y siempre altivo
 El ébrio, sin motivo
 Puñetazos le daba á su querida.
 Dura cadena ató sus corazones.
 Unió los eslabones
 La miseria entre el fango de la vida.

II

Por no dormir en noches tenebrosas
 Sobre las frías losas,
 Buscó de ese hombre vil la compañía,
 Élla mal humorada, él displicente,
 La riña era frecuente,
 Y al fin á puñetazos la rendía.

III

El vecindario despertaba todo
 Al llegar el beodo
 A su tabuco, de bebidas harto,
 La vieja puerta abríala á empellones;
 Se oían maldiciones.....
 Después quedaba silencioso el cuarto.

IV

El invierno arreciaba. Un triste día
 En que lenta caía
 A los techos la nieve como un manto,
 Un hijo les nació. Y esa inocente,
 Imaculada frente
 No tuvo más bautizo que el del llanto.

II rentrait toujours ivre.....

V

A la siguiente noche, el rostro duro,
 Apoyado en el muro,
 Llegó á la puerta de su hogar el padre.
 De pronto se detuvo el inhumano;
 No levantó la mano.....
 La respetó el borracho. ¡Yá era madre!

VI

Al mirarle extraviada la pupila,
 Y al verlo que vacila
 Y á darle puntapiés no se decide,
 Meciendo al niño que dormía, *Infame!*
 Le dijo. "Muerte dáme;
 No me pegas! Por qué? Quién te lo impi le!

VII

Te aguardé todo el día. Estoy dispuesta,
 ¿Más barato te cuesta
 Hoy el pan? El invierno es menos triste?
 ¿Licor en las tabernas no encontraste?
 ¿Acaso te enmendaste?
 ¿Borracho como siempre no viniste?"

VIII

Fingió el turbado padre no oír nada;
 Dió al hijo una mirada
 Mezcla de estupidez y de cariño.
 Y dijo á la mujer: "¿Por qué me ofendes?
 ¿No sabes, no comprendes
 Que si te pego, se despierta el niño?"

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



LA NIÑA

Una niña es un sér sagrado: representa la familia futura, un mundo de ilusiones y esperanzas acariciadoras, la misteriosa página del libro del porvenir.

La vida de una niña debe sernos muy querida, porque al troncharse, se marchitan quizás las semillas de grandes ideas; tal vez el germen de más perfectas generaciones.

Las niñas son la alegría del hogar, las inseparables compañeras de la madre, la fiesta de la vida.

La madre debe conservar cuidadosamente la inocencia de la niña, porque destruir esa inocencia es agostar la infancia, es arrebatárle la felicidad.

La infancia de una niña es la alborada de un día de mayo, el crepúsculo matinal de un cielo sin nubes, la fresca brisa impregnada de perfumes y armonías; la mañana de la vida, pura, radiante y serena.

Las niñas que, por descuido de sus padres, han perdido la inocencia, ofrecen un triste espectáculo; hállanse en el otoño de la vida, sin haber gustado las delicias de la primavera; son flores frescas rodeadas de amarillentas y secas hojas.

¡Cuánta lástima inspira la vejez moral, al retratarse en la sombría frente de una niña que siempre debía verse risueña!

La niña á quien se ha rasgado el cendal del candor es una enferma del alma. Al perder el candor, pierde una niña la encantadora espontaneidad infantil que tanto seduce, la fascinadora

gracia que tan adorable la hace aparecer.

Las niñas despojadas de su inocencia, se convierten en mujeres en miniatura, y como fenómenos de la naturaleza, son siempre antipáticas y ridículas.

Madres! A vosotras está fiada la misión de velar por la inocencia de esos ángeles terrestres llamados niñas. No deshojéis las flores de la inocencia ántes que lo haga la mano del tiempo.

Las niñas que presumen de mujeres, son cual las frutas de estufa, se corrompen sin haber estado en sazón; tienen una vida ficticia, artificial.

¡Madres! no ofrecéis galas á las niñas; ofrecedles muñecas.

Una niña sin muñeca no tiene la alegría de aquellas niñas que revolotean cual alegre banda de mariposas, convirtiendo el hogar en jardín de la existencia.

Una niña sin muñeca, es una desheredada de la fortuna, debe considerarse sola en el mundo, porque le falta su confidenta, su primera amiga, la depositaria de sus expansiones.

Cuando veais una joven taciturna, de tez marchita y de alma envejecida, compadecedla; es una joven que no ha tenido infancia, porque no tuvo muñecas.

Una señora dotada de corazón tiernísimo, regaló una muñeca á una pobrecita que mendigaba. Esta limosna nada vulgar, que muchos seres no comprendían, fué una limosna de amor. La muñeca era para la menes-

terosa la realización de un hermoso sueño, era una alegría real, una felicidad tangible que podía estrechar entre sus brazos.

Indudablemente aquella señora era madre y comprendía las necesidades morales de una niña.

Las jóvenes de carácter sombrío y concentrado, son aquellas á las cuales han faltado las alegrías de la infancia.

Prolongad la infancia de las niñas y prolongaréis su ventura.

Todo sonríe en esa edad bendita. La rimavera es el espejo de la niñez, de esa edad preciosa en que se gozan bajo el materno regazo venturas inefables; de esa bendita edad, en la cual no hay pesar que dure un momento, ni desdicha que pase de un segundo, ni amargura que no se dulcifique en el instante.

Gocemos todo el tiempo posible de los placeres de la edad temprana, inseguros siempre en la edad provecha.

¡Amemos á las niñas! Ellas son muchas veces el eslabón que une la cadena conyugal cuando se halla rota por el desamor.

Las niñas embellecen la existencia; ellas saben hacernos sonreír cuando

el dolor nos abruma, ellas saben desarrugar el más adusto ceño.

¡Educad bien á las niñas! La indiscreta tolerancia con los defectos de las niñas, es una culpa que más tarde os reprochará s.

¡Qué desconsolador, qué humillante debe ser para una madre oír la siguiente frase: " Hago á usted responsable de mis defectos; ¿ por qué no me educó usted mejor " ?

¡Qué inmensa pena debe sentir la madre que ha merecido tal acusación!

La madre debe ser la educadora de las niñas, el Eterno le ha confiado tan augusta misión.

Nadie conoce á la niña cual su madre: hay entre ambas una corriente simpática, un hilo misterioso que las atrae.

La madre posee una secreta magia que le permite comprender á la niña balbuciente: sólo la madre conoce la clave de los enigmas del corazón de la mujer.

Las niñas son la alegría, la dicha, la paz del hogar: una casa sin niñas es un verjel sin flores.

¡ Benditas sean las niñas !

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

EN SU REJA

Fermosa é gentil doncella,
Por lo fermosa voltaria;
Ayer supe sin encono
Vuesa mujeril fazaña;
É magüer que para esposa
En veras vos cortejaba,
Del agravio non me curo,

Que non me fiere la infamia.
Miémbrome bien que un anciano
Home de pro, me tablaba
De vuesa virtud así,
Allae en mi noble patria:
" Las fembras, fijo querido,
Tienen de mármol el alma,

É mientras más falagüeñas
 É más polidas, más falsas.
 Por ende yo vos consejo,
 Si las salerosas gracias
 De alguna vos captivaren,
 Como la goceis dejadla,
 Ca de fembra conocida
 La dolzura siempre encanta...."
 Perdonadme, pues, señora,
 Si en guisa á vuesa mudanza
 Non lloro el desaguisado,
 Nin cuido vuesa inconstancia;
 Mas téngovos que decir
 Que las mujeres casadas,
 Desfalleciendo en la honor
 Se ñublan con una mancha
 Que desface sus encantos
 É nunca jamás se lava.
 Tratadvos, si vos casais,
 Con más firmeza; sed casta;
 Vestid con llaneza siempre
 É fínca en vuesa casa.

Ansí topareis la dicha
 Qué la mi fe vos dió en guarda,
 É que acaso tope al fin
 En otra fembra más cauta.
 La mi madre fué mujer
 Dechado de esposa honrada;
 É cual ella existen muchas,
 Que virtud no es flor escasa.
 Hay fembras, en vos lo vide,
 Que tienen duras entrañas.
 Las hay cierto muy melfluas,
 É ansí como voz de ingratas.
 Del anciano que antes dije
 Me han servido las palabras.
 Por ende, de hoy adelante,
 Si otro sér me captivara,
 Verede primeramente
 Si á vos tiene semejanza,
 É non teniéndola, al punto
 Lo amaré cual vos amaba.

C. OBESO.

EL AÑO DOS MIL

El viejo Zacarías me miró fijamente, al través de sus grandes gafas azules.

—Decididamente, me dijo, ¿tú quisieras vivir hasta el año 2,000?

—Decididamente, le contesté con aplomo.

—Pues bien: no vivirás!

Al oír esta salida me eché á reír de buena gana.

—No vivirás, añadió el viejo; pero verás el futuro!

—¿Y quién me lo mostrará?

—Yo!

La sonrisa desapareció de mis la-

bios, porque el anciano se transfiguró á mis ojos. Su estatura tomó proporciones gigantescas; sus ojos brillaron con fulgor extraño, y una auréola resplandeciente circuló sus cabellos blancos.

—Mira, tornó á decirme, extendiendo su mano en rededor.

Y vi animarse las momias egipcias que guardaba en su colección arqueológica; sus miembros atrofiados por la sucesión de los siglos, recobraban antiguas redondeces, y de sus cuencas vacías surgían miradas intensas que me quemaban el alma.

Créi que iba á asistir á la *danza macabra*; pero, á una señal del viejo, las momias descolgaron de la pared un grac. cuadro negro con marco de marfil, y lo pusieron ante mi vista.

Allí estaba grabada esta fecha con caracteres de fuego:

2,000

Los guarismos fueron desapareciendo uno en pos de otro; luégo se ensanchó el fondo del cuadro, iluminado yá por una luz vivísima, y contemplé una sala inmensa llena de gente y de extraños aparatos.

—¿Esto qué es? pregunté sorprendido.

—La convención del año 2,000, me respondió Zacarías.

La multitud era la barra; en el medio no había sino tres sillones dorados, ocupados por tres personas.

—¿Y cuáles son los diputados? interrogué.

—Aquellos tres.

¿Y por qué no hay sino tres? En nuestro tiempo concurrían más de sesenta, á pesar de que la población era sesenta mil veces menor que ahora.

—¿Es posible?

—Pues aquí está, precisamente, el progreso de la civilización. Antiguamente, los sesenta que tú dices, hacían sesenta disparates en cada sesión, este mal fué aumentando con los años y con el número de los representantes, hasta que llegó un día en que la Augusta Asamblea se convirtió en una Babilonia.

—¿Qué oigo?

—Entonces se redujo á tres el número de diputados; uno por el Norte, otro por el Centro y otro por el Sur.

—Y esos bastan?

—Y sobran.

—Estoy admirado.

—Había también de por medio una

razón de economía: antes se gastaba un dineral en dietas y viáticos. La Convención de 1896-1897, por ejemplo, costaba como 1,000 soles diarios. ¿Cuánto crees que se gastaba en la de 2,000?

—Lo ignoro.

—24 soles.

—¿Y los Secretarios?

—No hay Secretarios. Bastan aquellos fonógrafos perfeccionados que ves en aquella mesa, para recoger el verbo de los oradores parlamentarios. Mira. En este momento van á tomarle la promesa al diputado por el Sur.....

Miré con curiosidad y vi que al representante del Sur le adaptaban unos alambres en las extremidades, conexiónados con una batería eléctrica, en relación con un foco luminoso.

—¿Qué van á hacer? pregunté con ansiedad.

—Van á aplicarle los *rayos catódicos*, me respondió el anciano, para ver si trae en las interioridades algún compromiso personal ó pacto político ó interés privado.

—¿Y si le descubren algo?

—Anulan la elección.

—¡Cáspita, esa máquina la necesitábamos en nuestro tiempo!

—Creo lo mismo. Y aquella otra también.

—Cuál?

—¿Miras ese casquete aluminio que le van á poner en la cabeza, con aquel tubo de cristal graduado que se ve brillar desde aquí?

—Sí.

—Es el *cerebrómetro* ó sea el aparato que mide la dilatación de las circunvoluciones cerebrales y la expansión de las células grises, para averiguar el grado de inteligencia de los hombres.

—Qué pasmo!

—La escala se ha graduado por el cerebro del jumento, que marca cero grados, en progresión ascendente hasta 100, que es el máximo de la inteligencia humana.

—¿Y cuántos grados se necesitan para ser diputado?

—99 $\frac{1}{2}$.

—Zambomba! ¡Qué difícil será entonces tomar asiento en esas curules!

—Es, amiguito, que la plata no se debe ganar de balde. En otro tiempo he visto yo representantes, de grado cero, que han ido á ganar la dieta durmiendo en sus butacas.

—Yo también los he visto.

—Pues no te admires de lo que pasa ahora.

—¿Y qué hay de reformas constitucionales?

—Nada.

—¿Cómo, nada?

—Aquello era el pasatiempo de antaño. Hoy hacían una ley y mañana la deshacían. Mientras tanto el pueblo sudaba la gota gorda para pagar la función.

—¿Y ahora?

—Ahora rige una Constitución perfecta que no admite reformas ni pérdidas de tiempo.

—¿Qué bueno está eso!

—Sí.

—¿Y no pelean aquí entre los tres diputados?

—Jamás.

—¿Y cómo se ha conseguido esa paz perpetua? Porque en mi tiempo se decían cada patochada que daba grima.

—¿Ves aquellas mazas de granito, en forma de campanas macizas, que cuelgan del cielo raso sobre la cabeza de cada uno de los representantes?

—Sí las veo.

—Son las pesas del *sanguinómetro*. Este es un aparato que está en contacto con la sangre de cada indivi-

duo y va marcando en aquellas esferas que están frente á los sillones los grados de exaltación en que se hallan. El número 10 es el de la cólera desencadenada, pero, ¡ay del colérico! porque apenas la manecilla del *Sanguinómetro* indica la decena, se rompe una corriente eléctrica que sostiene un resorte delicadísimo, y cae la enorme maza de piedra sobre la cabeza del furioso, aplastándole como una trampa al número cuatro.

—¡Esto sí que me parece bárbaro en medio de tanta civilización!

—Al contrario, hijo, nada más inofensivo que ese aparato.

—¿Inofensivo, un instrumento de muerte?

—Sí! hace ocho siglos que está instalado, y no le ha caído encima á ningún diputado.

—Pero.....

—Es que como todos son personas cultas que conocen sus deberes sociales y saben respetar su dignidad, jamás dan lugar á que se les caiga la maza. Además, para eso tienen por delante las esferas indicadoras que les muestran el peligro.

—Pues sabe usted, D. Zacarías, que en mi tiempo hubieran sido muy útiles esas esferas y esas mazas.....

El viejo se rió de mi ocurrencia, y pasándose una mano por los ojos, me dijo:

—No te entusiasmes, chico; todo esto no es más que una broma.

Miré en rededor y todo había desaparecido: momia, cuadro, visiones, etc. No quedaba más que el viejo de patillas blancas, que me miraba sonriendo.

—¿Y el futuro? le pregunté.

—Pura broma! me respondió. Todo ha sido obra de la sugestión. El hipnotismo es una gran cosa y tú eres un sujeto admirable para estos curiosos experimentos.

ANÓNIMO.

CASTIGO DEL ORGULLO

En los tiempos admirables
En que la Teología
Floreció más poderosa,
Más fecunda en su energía,

Se refiere que un gran sabio,
Más que todos eminente,
Cuando ya se hubo atraído
Todo pecho indiferente

Removiendo hasta en su fondo
Las sentinas de pecados;
Cuando pudo pasearse
Por los límites soñados

De la gloria, esas veredas
Singulares y tan bellas
Por do van los serafines
Tropezando con estrellas;

Dominado por el vértigo,
Débil en su negro pánico,
Así dijo, transportado
De hondo orgullo satánico:

"¡ Oh Cristo, pequeño Cristo!
Más alto que tú he subido;
Y al herir en tu armadura,
Si lo hubiera yo querido,

Tu derrota y tu vergüenza
Fuera ya como tu gloria

Y serías para el mundo
Sólo célula irrisoria".

Y dejóle, desde entonces,
La razón súbitamente,
Y cubrióse esa alma lumbre
De una sombra omnipotente;

Derrumbóse entero el caos
En aquella inteligencia
Que antes fuera templo vivo
De simétrica opulencia

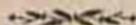
Bajo cuyos hombros altos
Fompas múltiples reinaron
Silencio y Noche, focos,
En su pecho se hospedaron,

Como en bóveda funérea
Cuya llave se ha perdido.
Desde entonces, á las bestias
De las calles parecido,

Por los campos rastreando
Sólo, hirsuto, indiferente
A las nieves del invierno,
Del verano al sol ardiente;

Sucio, inútil, triste, viejo,
Como objeto de avería,
Una turba de muchachos
Sin piedad le perseguía.

JOSÉ ANGEL PORRAS.



M I P A T R I A

(De Kärner)

¿Cuál es tu patria, cantor?—Aquella en donde chispea noble el talento, y hay coronas para cuanto es bello, y arden gozosos los corazones por cuanto es sagrado. Allí mi patria fué.

.

¿Cuál es el nombre de tu patria, bardo?—La que hoy llora sobre los cadáveres de sus hijos, bajo extranjero cetro, antes fué el país de los robles, la patria libre, la nación germana. Así se llamó mi patria.

.

¿Por qué llora tu nación, poeta?—Porque sus príncipes tiemblan ante las tempestades del tirano, porque rotas yacen las promesas sagradas en que confiaba, y nadie escucha sus clamores. Por eso llora mi patria.

.

¿A quién llama tu pueblo, cantor?—Con la tonante voz de la desesperación clama á los dioses enmudecidos, por su libertad, por sus salvadores, por la mano despiadada de la venganza. Eso pide mi patria.

.

¿Y qué anhela tu país, poeta?—Aterrar á los serviles, lanzar de su seno al amo cruel, alimentar en libertad hijos libres ó cavarles libre tumba en la arena. Eso ansía mi patria.

.

¿Y confía tu patria en la victoria, oh poeta?—Espera, sí, en la justicia que le asiste, fía en el despertar de tu pueblo fiel, en la venganza aterradora de los cielos, y en la hora del triunfo. ¡Eso espera mi patria!

E S C U C H A

Cuando oculta en el lecho y pensativa,
Envuelta en el silencio,
Y por celestes ángeles guardada
Baja á tus ojos púdoro el sueño;
¡No sientes como un hálito divino
Que se mezcla á tu aliento!
Es el alma dichosa de tu madre
Que descende purísima del Cielo!....
Esta noche proeura
No rendirte á Morfeo,
Y la oración que rezas terminada,
Dí con fervor así en tu pensamiento:

"Madre del alma mía;
Hay a'guien que me adora, y te confieso....
¿Qué puedo á ti ocultarte?
Que ingrata (ó frágil) á su amor me siento.
Tú que no me abandonas y eres sola
De quien debo acatar siempre el consejo,
Inspírame en mis dudas;
Dime por Dios, lo que decirle debo....."
Aquí mi humilde nombre
Revélate en secreto.....
Mañana me dirás el resultado.....
Te adoro, y nada de tu madre temo!

C. OBESO.

MARUJA

POR IVAN TOURGUENEF.

Hace tiempo, cuando vivía en San Petersburgo, acostumbraba, al tomar un trineo de alquiler, emprender conversación con el cochero.

Me agradaba en especial charlar con los que hacen el servicio de noche, pobres labriegos de las cercanías, que vienen á la capital trayendo carricoches de mala muerte, embadurnados de ocre y tirados por un jamelgo, á ganar el pan,—la renta para el amo.

Cierta día llamé á uno de estos tales. Era un mozo de veinte años, fornido y robusto, de azules ojos y colorados carrillos. De su remendada gorra calada hasta las cejas, se escapaban las sortijas de su rubio pelo, y un tafetán roto y menguado cubría á duras penas sus anchos hombros.

Parecióme que el bello rostro imberbe del cochero estaba triste y sombrío; charlámos, y noté que su voz resonaba dolorosamente.

—¿Cómo tan triste, hermano?—le pregunté. —¿Tienes alguna pena?

Al pronto no respondió:

—Sí, Barino, tengo pena, — dijo al cabo; — una pena tan grande que no hay otra como ella; se me ha muerto mi mujer.

—Según eso la querías mucho.

El mozo, sin volverse, agachó la cabeza.

—Barino, la quería. Yá va á cumplir el octavo mes y no puedo olvidarla.

Es una cosa que me roe aquí en el corazón, y acabóse y yo no entiendo por qué se murió: era joven y sana. En veinticuatro horas se la llevó el cólera.

—¿Y era buena tu mujer?

—¡Ay, Barino! — suspiró hondamente el pobretín, — éramos tan amigos! Y se ha muerto sin mí..... Desde que supe aquí..... pues..... que la habían enterrado, al momento eché á andar para la aldea..... para mi casa. Llegué..... era más de media noche: entré en ella, me paré en medio y llamé muy bajito..... Maruja..... eh, Maruja!..... Y nada, nada más que el canto de un grillo en un rincón..... Entonces me eché á llorar, me senté en el suelo y pegué en él con la mano diciendo:

—¡Ah vientre hambriento, te la has tragado; trágame á mí también! María..... ¡Ay, María! — repitió con enronquecida voz.

Y sin soltar las riendas de cuerda, se enjugó una lágrima con su guante de cuero, la sacudió de soslayo, agachó los hombros y no pronunció una palabra más.

Al bajarme del trineo le di buena propina: saludóme hasta el suelo, quitándose la gorra con ambas manos; volvióse, y tomó un cansado trotecillo sobre la helada sábana de la calle desierta, invadida por la bruma gris del frío de enero.



MOISÉS

Á Baldomero Sanín Cano.

.....Y dijo al mármol: vive! De las entrañas duras
Surge el profeta irguiendo su centenario busto
Con las pupilas hondas, inmóviles y oscuras
Cavadas en el hielo de su semblante augusto.

Las sienes calcinadas del rayo en las alturas
La planta vencedora del arenal adusto,
Y de su añosa barba las vívidas alburas
La majestad le dieron de un Hércules vetusto.

Ceñido el rudo torso de piel sedeña, un manto
Veló, de niveos pliegues, su gigantéz de roble;
Con musculosos dedos asió la ley del Santo

Sobre ancha piedra escrita. Y en ademán sereno,
Alzada al infinito quedó su faz inmoble,
Como escuchando el sordo repercutir de un trueno.



Salve pujante macho! Vigor de primavera
Erige en altas curvas tu carne floreciente,
Y porque el mundo asombre tu ancianidad de fiera
A Pan de Arcadia robas el nimbo de tu frente.

Tú cifras, como el hombre que vió la luz primera,
La sangre de los brutos y la divina mente:
En tí palpita el Íáveh de la estrellada esfera
Y en tí destella el Fauno de la pagana gente.

Eres Fuerza, eres Alma, eres Valor tranquilo:
En tí se humana el Kosmos; tus brazos de gigante
Saciaron de aguas vivas los áridos desiertos.

Cómo olvidarte, oh viejo libertador del Nilo,
Si el tiempo nos mediste con eternal cuadrante
Si desgarró tu mano la noche de los muertos.

GUILLERMO VALENCIA.



EL HOMBRE PUBLICO

I

—Mariquita, ¿qué hacemos? El chico es muy bruto: esto salta á la vista. Ayer se comió la caja de betún, creyendo que era carne de membrillo; hoy ha roto el mármol de la mesa de noche con la cabeza. El profesor le ha echado del colegio, cansado de bregar con él, y después de cinco años de estudios resulta que no sabe cuántos dedos tiene en la mano, ni quién ha sido Fernando VII.

—¡Pobrecito! No quieres hacerle cargo de que no ha cumplido todavía veinte y dos años.

—Es que el angelito, á medida que se desarrolla, va resultando un poco más animal, y perdóname yo la expresión.

—Lo mismo era su tío, que en paz descansa, y yá ves, se murió ejerciendo de ministro de.....

—Pues yo voy á coger á Restituto y á meterle en una cerrajería por bruto.

—No harás tal; en cuanto tenga físico le vamos á hacer diputado.

—¿Diputado?

—Justamente. Verás cómo allí se suelta.

—¿Dónde?

—En el Congreso. No hay cosa mejor para el desarrollo de las inteligencias cerradas.

En aquel momento se presenta en la sala Restituto, que dicho sea sin ánimo de ofenderle, parece un perro pachón, y lo primero que hace es poner un pie sobre un callo del autor de sus días, obligándole á soltar un terno..... Después se va al balcón y comienza á enseñarle la lengua á una vecina, hasta que, cansado de cometer toda clase de majaderías, se queda dormido sobre el felpudo del pasillo.

El papá dice todas las noches á la mamá al tiempo de meterse en la cama:

—Desengáñate, Mariquita: el chico es un animal de primera. ¿Recuerdas si durante tu embarazo te ha dado por comer cebada?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque podría suceder que hubiese influido tu alimentación en el desarrollo intelectual de Restituto.

II

Por supuesto, los electores recibieron con júbilo la noticia de que el hijo de los señores de Azazo

presentaba su candidatura por aquel distrito.

—Pero, ¿qué vas á hacer tú en el Congreso?—preguntaba el padre á su hijo, que seguía tan animal como de costumbre.

—¿Qué ha de hacer?—contestaba la madre.—Pues lo que hizo su tío y lo que han hecho otros muchos. Hablar, cabildear, afiliarse á un partido y sentarse en la poltrona el día del triunfo.

III

Los periódicos publicaban frecuentemente sueltos concebidos en estos términos:

“El elocuente diputado don Restituto Aznazo pronunciará el jueves un discurso de ruda oposición al Ministerio”.

“Ha salido para sus posesiones de Uvalarga el distinguido diputado señor Aznazo”.

“La minoría ha designado al elocuente orador señor Aznazo para combatir el proyecto de ley de orden público, presentado por el gobierno”.

El padre de Restituto seguía diciendo confidencialmente á su esposa, al tiempo de acostarse:

—Desengáñate, Mariquita: el chico es un pedazo de bruto muy grande.

IV

—Vaya usted con Dios, señor Aznazo.

—¡ Hombre! no le había conocido á usted.

—Soy el antiguo profesor de su hijo.

—Sí, ahora recuerdo.....

—¡Caramba, y cómo se ha crecido el muchacho. Le veo figurar mucho en las luchas del Congreso. ¿Ha concluido sus estudios?

—No, señor. Hoy sabe lo mismo que el día que le echó usted del colegio.

—Pues llegará á ministro.

—En eso anda.

—Sí, no le quepa á usted duda. Hay muchos casos.

—Como el pobrecito no servía para nada, entre su madre y yo decidimos meterle á hombre público.

—Y han hecho ustedes perfectamente. Yá ve usted, en la política no hay necesidad de someterse á ningún examen.

—Eso mismo hemos pensado nosotros..... Y nos ha salido bien.

—Pues nada; déle usted muchas expresiones.

—Puede que se lo mande á usted allá, á ver si consigue enseñarle un poquito de ortografía.

—No le hace falta. ¿Sabe hablar?

—Sí, señor; yá casi habla.....

—¿ Es audaz?

—Muchísimo.

—Pues entonces.....

LUIS TABOADA.

HIMNO de la MAÑANA

El día, el día! Radiante,
 En el lejano oriente,
 La encantadora faz el alba ostenta!
 En su luz esplendente
 Yá se baña la tierra soñolienta.
 Su cántiga sentida
 El pajarillo entona;
 El céfiro murmura entre las flores;
 La brisa juguetona
 Corre arrastrando inúmeros rumores,
 Del uno al otro instante
 Más crece la armonía;
 La tierna oveja bala perezosa;
 La vaca en la alquería
 Bufa y llama al ternero cariñosa.
 Al silencio de muerte
 En que la tierra estaba,
 La vida sucedió y el movimiento:
 Todo tu nombre alaba,
 Dios de misericordia, este momento.
 Rendido á sus fatigas,
 El vicio solamente
 Al himno universal no se ha mezclado;
 Hecha un volcán la frente
 Sólo el crimen se oculta amedrentado;

Haz que del bien se ensanche
 La luminosa esfera;
 Haz que el hombre tu faz distinta mire
 En la natura entera;
 Haz que beba tu amor y en él se inspire,
 Tú al mar embravecido
 Refrenas poderoso;
 Tú cuidas de la hormigay la alimentas;
 ¿A qué del orgulloso
 Hijo de Adán la vanidad alientas?
 Hay quien mira en la gota
 Trémula de rocío
 Que las flores ostentan en su broche,
 Tan sólo el lianto frío
 De la callada y espantable noche,
 En la luz fecundante
 Que el sol doquier derrama,
 A la materia sola hay quien admira;
 Hay quien por Dios la aclama,
 Olvidado del Numen que la inspira....
 Al silencio de muerte
 En que la tierra estaba,
 La vida sucedió y el movimiento;
 Todo tu nombre alaba,
 Menos del siglo ¡oh Dios! el pensamiento.

C. OBESO.

LEYENDAS INÉDITAS

DE ENRIQUE HEINE.

I

A dónde ir?

A dónde ir? Los brutos de mis
 pies me llevarían voluntariamente
 á Alemania, pero mi razón sacude pru-
 dentemente la cabeza y parece decirme:

"La guerra ha terminado, es cier-
 to, pero los Tribunales militares sub-
 sisten aún, y se me dice que tú has
 escrito alguna vez muchas cosas fu-
 silables".

Es verdad, me sería altamente de-

sagradable ser pasado por las armas. No soy un héroe; me falta la gesticulación patética

Iría con mucho gusto á Inglaterra, si no hubiese allí humo de carbón é ingleses: su solo olor me produce náuseas.

A veces me viene la idea de marcharme á América: el grande establo de la libertad, que habitan los rústicos de las selvas primitivas del egoísmo; pero le temo á un país en que los hombres mascan el tabaco, juegan á las cartas sin rey y escupen sin escupideras.

La Rusia, ese bello Imperio, me convendría talvez, pero en el invierno no podría yo soportar el *Knout*.

Triste, contemplo el cielo en que tantos millones de estrellas nos sonríen, pero mi propia estrella no la puedo descubrir en parte alguna.

Talvez, en ese laberinto de oro, ella se ha extraviado en el cielo como me he extraviado yo mismo en esta barahunda de aquí abajo.

II

Travesía nocturna

El mar estaba agitado; la luna dejaba apenas entrever su faz, medio oculta en una nube negra. Cuando nos embarcámos en el esquife, éramos tres.

Los remos golpeaban el agua con triste monotonía; las ondas se encrespaban y nos cubrían á los tres de espuma.

Ella estaba allí en el esquife, tan pálida, tan meditabunda é inmóvil como una estatua de mármol de Italia, como una imágen de Diana.

La luna desapareció; el viento helado de la noche pasó silbando; de pronto, sobre nuestras cabezas se oyó un penetrante grito; era la gaviota blanca y fantasmática, y su

grito estridente, que estalló como un siniestro augurio, nos causó terror á todos.

¿ Soy presa de la fiebre? ¿ Es una visión de la fantasía nocturna? ¿ Es una horrible pesadilla que se apodera de mí? Una locura cruel me viene al pensamiento.

¡ Cruel locura! Sueño que soy un redentor y que llevo, paciente y fiel, la gran cruz.

La pobre belleza está cruelmente angustiada en el esquife; yo la liberraré del oprobio y del pecado, del tormento y de la angustia y de las manchas del mundo.

Pobre belleza! no tiembles ante el amargo remedio; soy yo mismo quien te presenta el cáliz de la muerte, aunque mi corazón se rompa!

Oh locura! oh pesadilla espantosa! Demencia y frenesí! El horizonte se entenebrece, el mar ruge con estrépito. Asísteme, Dios mío! Vén á mi ayuda, Dios misericordioso! Entonces, ¡ oh dolor! el mar repite en sus profundidades el eco sordo de mis palabras.....

El sol se levantó, tocámos la tierra, el tiempo floecía y resplandecía, y cuando descendíamos del esquife no éramos más que dos.

III

Aguardad

Porque brillo y tanto me distingo ¿ pensáis que no sé tronar? Os engaños áis lastimosamente; el talento de tronar no me es extraño. Se manifestará de manera terrible cuando sea oportuno: entonces oiréis mi voz, palabra atronadora, verdadero golpe de rayo.

Este día el huracán desmochará encinas; temblarán muchos palacios; y al suelo vendrán muchos campañarios.



FILOSOFIA

Según muchos autores
De sabios y profundos pareceres,
La tierra brota flores
Porque viven en ella las mujeres!
Y esas hadas divinas
Deduciendo con lógica y conciencia
Hacen brotar espinas
Con clara y precisa consecuencia.

Pero es el caso que ellas,
A la luz de sus ojos,
Sólo nos hacen ver las flores bellas
Y, sagaces, ocultan sus abrojos.
Por eso hay que fijarse,
Al buscar sus encantos seductores,
Si al dolor de punzarse
Igualará el aroma de las flores.

E. ZEGARRA BALLON.

RECUERDOS Y ESPERANZAS

Niña de las trenzas de oro,
De azules ojos de cielo,
Oye esta historia sencilla
Que enamorado te cuento.
Como tú, bella una virgen,
De gentil porte y modesto,
Crecía de aquí distante,
En un ignorado pueblo.
Tal parece que la miro
Mariposar, de lejos,
Allí en el bosque cercano
Do tanto gocé otro tiempo.
¿Tu breve planta la alfombra
No ha hollado del campo ameno?
¿De las flores que lo visten
Has aspirado al aliento?
¿De un árbol bajo el ramaje
Jamás se espació tu pecho?
Niña de los blondos rizos,
De e ardín lírio enhiesto.

Vivir para la ternura
Es la misión de tu sexo.
Como tú, rica de encantos,
Y de virtudes ejemplo,
Era la virgen preciosa
Heroína de mis versos.
Frisaba en los quince abril
Cuando la vi. Bien me acuerdo
Que un bello carmín mis ojos
Salir á su rostro hicieron.
Nunca jamás se me olvida
Que en el calor de su seno,
De una infelice paloma
Calentaba los polluelos.
Tal parece que la miro
Darles noble el alimento,
Su blando almíbar sabroso
Derramado en suaves besos
Su ternura incomparable
De recordar nunca dejo,

Que del alma no se borran
De mujer tales modelos;
Ni olvido como á su tumba
Los animalitos huérfanos,
Iban con tristes arrullos
A expresar su sentimiento.....
Niña de las trenzas de oro,
Dáme el calor de tu afecto;
Solo vivo en este mundo;
Ni madre ni amores tengo:

Deja que libe en tus labios
La miel que guardas en ellos;
Así volveré á la vida
Y templaré mis tormentos.
En cambio, dulces cantares
Y mi constancia te ofrezco,
Pues á darme tu cariño,
Será mi solo consuelo
Vivir para tí y mirarme
De tu amor en el espejo.

C. OBESO.

EL PAPA DE SAN ANTONIO

Á mi amigo José A. Venegas.

Cierta vez me paseaba yo por las afueras de San José, más descontento y aburrido que un pobre empleado público á quien han rebajado su sueldo miserable, cuando tropecé en un recodo de una callejuela muy mala, de esas que tan frecuentemente se ven por todas partes, á pesar de nuestros gobiernos paternales, con un pobre muchacho como de diez años, delgado, pálido, con las mejillas descarnadas y los ojos rodeados de círculos morados, vestido con la humildad más desaseada que yo he visto, con una camisa de cotí sin botones, mugrienta y de un color indeciso; con unos pantalones muy anchos, como que no fueron hechos á su medida, arrollados hasta cerca de la rodilla y amarrados á la cintura por una tira de manta no menos sucia que la camisa; con un sombrero de fieltro que debió de tener alguna forma regular en sus

mejores tiempos, pero que entonces sólo se asemejaba á una bolsa de *chorrear café*; con los pies descalzos metido entre el lodo, y la vista fija en un punto del suelo como si estuviera contemplando con avidez algún objeto allí olvidado ó buscando algo perdido.

El asombro que me causó el encuentro de semejante figura en un camino tan solitario, no es para contado. Mi primera impresión fue de risa; pero bien pronto hué de arrepentirme de tamaña ligereza, pues una compasión viva fue lo que sentí enseguida por aquel infeliz condenado, como tantos á su edad, á sufrir los rigores de la miseria y los golpes más despiadados de un padre vicioso y sin corazón.

Al verme aparecer levantó la vista y se quedó mirándome de hito en hito, como temeroso y asombrado. Sacó después, mientras me

acercaba, un pañuelo grande de algodón, que también participaba de la suciedad que dominaba el conjunto de aquella extraña personita, de entre uno de los bolsillos de sus pantalones, y comencé á examinarle las puntas con minuciosa curiosidad, como quien intenta cerciorarse de una verdad desagradable, y, por lo mismo, difícil de creer. Cuando estuve á dos pasos de él ya había concluido su examen y me miró con tristeza y con angustia indecibles. Comprendí que algo le pasaba y me apresuré á hablarle esperando que mis consuelos ó mis servicios le fueran necesarios.

—¿Qué haces ahí, muchacho, con esa cara poco halagüeña? ¿Te ha sucedido algún percance?

—Señor, me contestó enseguida, hoy es el día en que mi padre va á darme la más grande *cuercaida* de cuantas en mi vida he soportado. Figúrese usted que me mandó á comprarle un diez de tabaco á la ciudad, y he perdido la plata á pesar de que mi mamá me la *anudó* muy bien en este pañuelo. No sé cómo habrá sido esto; y lo peor es que mi padre está ahora de un genio insoportable desde que lo echaron del trabajo en donde estaba, porque dicen que el Gobierno no necesita ya más albañiles, después que bastante lo *amolaron* la otra vez, haciéndolo ir á pie todos los días á los campos á repartir unos papeles que le traía un oficial.

Si viera, señor, no hace más que beber *guaro* y pegarle á mi pobre mamá y á mis hermanitos.

—¿Y qué piensas hacer ahora para llegar á tu casa?

—Yá usted lo ve, estoy buscando el diez sin descanso. Si parece, tengo que *cacharme* de mi casa un *cabito* de candela para *prendérselo* al

papá de San Antonio, porque así se lo tengo ofrecido.

—¿Y por qué ha sido al padre de ese santo y no al santo mismo á quien has hecho la promesa?

—Yo, la verdad le digo, no lo comprendo bien; pero una viejecita rezadora que va mucho á casa á llevarnos comida y á *platicar* cuanto sabe, dijo la otra noche que San Antonio tenía un padre muy malo á quien la muerte sorprendió en pecado mortal; debía irse para el infierno sin remedio, pero San Antonio habló con Dios y éste, como es tan bueno, le ofreció que lo tendría en el purgatorio hasta el día del juicio, por consideraciones á él, para ver después de qué modo entraba al cielo. Por eso, decía la viejecita, yo siempre le pido al padre de ese santo milagros, porque el hijo, siempre pensando en hacerle méritos para que pueda entrar cuanto antes á la gloria, concede en su nombre cuanto se le pide.

Al oír esa conseja dicha con tanta ingenuidad, casi sentí envidia de aquel inocente. Saqué un peso que, como único capital, llevaba encima, y se lo entregué diciéndole: tómate; el papá de San Antonio me ha enviado á devolvarte tu diez y algo más para que le des á tu madre y compres la candela que le has prometido, y á decirte que seas bueno y sencillo y él te querrá mucho.

El pobre muchacho casi cae del susto. Tomó después el dinero, lo amarró con presteza en una de las puntas de su pañuelo grande de algodón, y después de limpiarse la nariz con la manga de la camisa, se alejó diciendo: "Dios se lo pague, señor, Dios se lo pague."

BILLO.

CONSTELACIONES

EL HOMBRE

Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
Mirando hacia la tierra desde la comba altura,
¿Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos
Tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?

LAS CONSTELACIONES

¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
Escúcha tú, que en noches de oscuridad tranquila
Nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
La súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.

Escúcha tú, poeta, que en noches estrelladas
Cual bajo augusto templo descubres tu cabeza
Y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
Tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.

¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste
Porque ha mirado al hombre. Su mente y nuestra lumbre
Hermanas son. Por siglos de compasión, existe
En astros como en almas la misma pesadumbre.

Por siglos hemos visto la Humanidad errante
Luchar, caer, alzarse..... y en sus anhelos vanos
Volver hacia nosotras la vista suplicante,
Tender hacia nosotras las temblorosas manos;

Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
Oásis donde salten aguas de vida eterna;
Yá llega, llama,—y sale con su ánfora la Muerte
Brindando el agua muda de su glacial cisterna.

Tronos, imperios, razas, vimos trocarse en lodo;
Vimos volar en polvo babélicas ciudades.
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
Es humo, y sueño, y nada..... y todo vanidades.

Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
 Es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa;
 El ideal anhela, requiere lo infinito,
 Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.

Es triste ver al Hombre, que lumbre y lodo encierra
 Mirarnos desde abajo con infinito anhelo;
 Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
 Tocada la pupila con resplandor del cielo.

Poeta, no nos llares—condule tu lamento:
 Poeta, no nos mires—nos duele tu mirada.
 Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento:
 Tus ojos, ¡oh poeta! se pierden en la nada.

Con íntima tristeza miramos conmovidas,
 Con íntima dulzura miramos pesarosas,
 Nosotras—las eternas—vuestras caducas vidas,
 Nosotras—las radiantes—vuestras oscuras fosas.

EL HOMBRE

¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo á solas
 El mar con sus oleajes, la tierra con sus hombres;
 ¿Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
 Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?

¿Y nada queda? ¿Y nada hacia lo eterno sube?
 Decid, astros presentes á todo sufrimiento;
 La ola evaporada forma un cendal de nube,
 ¿Y el alma agonizante no asciende al firmamento?

¡No, estrellas compasivas! Hay eco á todo canto;
 Al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
 Y como incienso humano que abrasa un fuego santo,
 Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.

Vendrá noche de siglos á todo cuanto existe;
 Y espirarán, en medio de hielos y amargura,
 Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
 Las últimas dos olas sobre una playa oscura.

Y moriréis, ¡oh estrellas! en el postrero día.....
 Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas;
 Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
 Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.

J. RIVAS GROOT.

LA DOTE DE CLAUDIA

Hace de esto cuarenta y cinco años.

—¡Claudia! ¡Claudia!

Al oír este grito, lanzado con voz clara y vibrante, salió á la calle una hermosa joven que apenas contaría quince primaveras.

—¡Claudia!

—¡Julián!

—Sí, aquí tienes á este pobre deshollinador que regresa de lejanas tierras. ¡Estás hecha toda una mujer!

—Tú también has crecido mucho.

—Ya lo ves. Según parece continuas al servicio de Gorlier.

—Sí, Julián.

—¿Y su hijo Francisco, ha regresado al país?

—Sí; no ha querido quedarse en París para ser médico, pues dice que prefiere dedicarse á la labranza, como su padre.

—Pero hablemos de nosotros, hija mía. ¿Te tratan bien en la casa?

—Perfectamente.

—¿Quieres algo de mí? ¿Te hace falta algún dinero?

—Nada necesito. ¿Y tú, Julián, estás contento con tu suerte? ¿Te ganas bien tu vida corriendo de pueblo en pueblo?

—¡Ya lo creo! Lo que es por ahora no puedo quejarme. Lo cierto es que trabajo como un condenado para hacer economías y poder establecerme, andando el tiempo.

—Hay todavía para rato.

—¡Quién sabe! contestó el deshollinador. Lo único que me preocu-

pa es la quinta. Si saco un mal número me veré obligado á comprar un sustituto y eso daría al traste con todos mis ahorros.

—Ahí tienes al señor Francisco, interrumpió Claudia; conozco sus pasos.

En aquel momento se presentó en la calle un joven, con la escopeta al hombro, el cual, al ver á Claudia, le preguntó:

—¿Con quién estás hablando?

—Con Julián.

—No le había conocido. ¡Si es yá un hombre hecho y derecho!..... Pero no estén ustedes á la puerta y pasen adelante. Tú, Julián, tomarás un vaso de sidra.

—Gracias, señor, contestó el pobre obrero.

Claudia entró en la casa y Julián la siguió, no tan alegre como antes, sin saber por qué.

Claudia y Julián eran saboyanos; desde la edad de diez años habían abandonado su país para ganarse la vida del mejor modo posible.

Claudia había entrado á servir en casa de un rico labrador, mientras Julián se dedicaba á ejercer el oficio de deshollinador.

Los dos saboyanos se conocían desde su más tierna infancia y sólo les apenaba una cosa: su obligada separación.

¡Con qué impaciencia esperaban la época en que Julián debía pasar por el pueblo donde servía Claudia!

Para aquellos dos huérfanos des-

terrados, aquel encuentro de un día, de una hora, era la evocación del país natal de los años benditos de la niñez.

Claudia quería á su antiguo compañero como á un hermano.

Pero no le ocurría lo mismo á Julián, quien solía decir con frecuencia para sus adentros:

—Es mi hermana, pero algún día será mi mujer.

El pobre muchacho no dudaba del consentimiento de su amiga y sólo esperaba para solicitarla en matrimonio el trance fatal de la quinta.

Estaba resuelto á casarse inmediatamente si tenía la suerte de sacar un buen número.

En el caso contrario, la cosa tendría que aplazarse por algún tiempo.

De todos modos, no se le ocurría siquiera la idea de estar seis años completamente separado de Claudia.



Transcurrió un año y Julián regresó como de costumbre, al pueblo donde Claudia residía.

Todo le sonreía, pues además del amor que le alentaba, había tenido la fortuna de sacar el número 322 en la lotería militar.

—¡Claudia! ¡Claudia! gritó afanoso Julián.

Pero la doncella no acudió al llamamiento del infeliz enamorado.

Claudia, que estaba cosiendo junto á una ventana, le llamó y le dijo:

—Entra. Estoy sola.

El joven obedeció y cuando estuvo al lado de su amada le preguntó:

—¿Está enfermo tu amo?

—No.

—¿Y su hijo?

—Tampoco.

—¿Pues á qué obedece tu tristeza?

—¡Si tú supieras, Julián!

—¿Qué? Habla, dí....

Y con la mayor sencillez del mundo contó sus penas á su amigo.

Después de un gran preámbulo, acabó por confesarle que adoraba al hijo de su amo, el cual también la amaba locamente.

El padre, lleno de furor, se oponía al casamiento de Francisco con una miserable sirvienta, pues que aspiraba á que su hijo uniera su suerte á la de una rica heredera del país.

Francisco se había negado á acatar las exigencias de Gorlier, y únicamente esperaba correr la suerte de soldado para librarse de la quinta ó cumplir el servicio militar á que estaba obligado y resuelto en uno ú otro caso á contraer matrimonio con Claudia, tan pronto como se lo permitieran las circunstancias.

Es de advertir que el padre estaba decidido á no dar á Francisco ni un céntimo, ni á buscarle un sustituto si caía soldado.

No hay palabras con qué describir la angustia con que Julián oyó el relato de Claudia.

El pobre mozo derramó unas cuántas lágrimas y se limitó á exclamar:

—¡Pobre Claudia!

La joven, hondamente conmovida, se encogió de hombros, y los dos huérfanos se despidieron quizás para siempre.



Aquella misma noche se reunió la familia de Gorlier, á la hora de la cena.

El amo comía sin decir una palabra, cuando de repente preguntó á su hijo:

—¿Cuándo se van los quintos?

—Dentro de quince días.

—Pues bien, para esa fecha convidaré á mis amigos á la boda de mi hijo Francisco con mi criada Claudia.

—No se burle usted de nosotros, padre—dijo el mancebo poniéndose pálido, mientras Claudia se ocultaba el rostro con el delantal.

—¡No me burlo!

Los dos jóvenes abrazaron á Gorlier y le dieron las gracias por su noble y generosa conducta.

Al cabo de quince días se celebró la boda de Claudia y de Francisco.

Transcurrió un año, durante el cual falleció el bondadoso Gorlier, al cual había asistido con gran esmero su hija Claudia.

Una tarde, mientras la esposa cosía la ropita destinada al hijo que Claudia iba á tener, Francisco examinaba los papeles de su difunto padre.

Al repasar un libro de cuentas, exclamó de pronto:

—¡Oye, Claudia!

—¿Qué quieres?

—Lee y asómbrate. Aquí encuentro un recibo que dice así: "Recibido de Julián Mauriel para la dote de Claudia, 1,500 francos. Im-

porte del reemplazo de Francisco, 1,500 francos".

Al mismo tiempo que Francisco se casaba con Claudia, Julián se embarcaba para Orán, destinado á la guarnición de Argelia.

Herido gravemente en una expedición, estaba muriéndose en el hospital, cuando recibió una carta de Francisco, en la que le notificaba que le había librado del servicio militar.

"Te suplico que te pongas en camino cuanto antes—le decía—porque el hermano de mi mujer es también mi hermano."

Y Claudia le añadía las siguientes palabras:

"Tengo un hijo que está esperando á su padrino".

—¡No estaré allí el día del bautismo! exclamó el soldado con débil voz. Sin embargo, quiero hacer un regalo á mi ahijado.

Pero el pobre Julián no tenía nada de qué disponer.

De pronto encontró la cruz que había ganado á costa de su vida, y que una Hermana de la Caridad había prendido en la almohada.

Julián la cogió presuroso y dijo sonriendo:

—¡Para mi ahijado!

A los dos minutos el infeliz saboyano entregó su alma á Dios.

ARTURO DOURLLAC.

EL BOGA

Como sobre el caimán y la culebra,
Eterno huésped de la playa ardiente,
En su espalda de bronce reluciente
El sol sus rayos cenitales quiebra.

Corre en el bosque, cual ligera zebra,
Corta su remo la tenaz corriente,
Y el sudor moja la tostada frente
Y el negro pelo de encrespada hebra.

Y allá en la tarde, q' tristeza infunde,
Cantando va sus íntimos pesares,
De su piragua en la movable proa
Mientras el sol en el ocaso se hunde,
Y se llevan los vientos sus cantares
Y la turbia corriente su canon.

1898

DIEGO URIBE

LA NATURALEZA

Entré en una inmensa sala subterránea de altas bóvedas.

Toda ella estaba iluminada por un resplandor que parecía surgir del suelo.

En el centro estaba sentada una mujer de majestuoso aspecto, vestida de un amplio traje verde.

Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Comprendí que estaba ante la Naturaleza y al punto nació en mi alma algo como un temor sagrado, ó reverencia silenciosa.

Acercuéme á la mujer sentada, y, después de saludarla con respeto, la dije:

—¡ Oh madre común ! ¿ En qué estas pensando ? ¿ Acaso en los futuros destinos de la humanidad ? ¿ En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posibles ?

Lentamente volvió la mujer hacia mí sus ojos sombríos, penetrantes y temibles; entreabrióse sus labios, y oí su voz resonante, como de hierro que choca con hierro.

—Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza á los músculos de la pata de la pulga, pa-

ra que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos. El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto. Es necesario restablecerlo.

—¡ Cómo ! — exclamé balbuceando, — ¿ en eso estás pensando ? ¿ y nosotros los hombres no somos tus hijos predilectos ?

Ella frunció un poco el entrecejo.

— Todos los animales — dijo — son mis hijos. De todos me preocupó igualmente y á todos por igual los extermino.

— Pero..... el bien..... la razón..... la justicia..... — murmuré.

— Esas son palabras humanas — repuso la voz de hierro — yo no conozco ni el bien ni el mal. Vuestra razón es mi ley. Y, ¿ qué es la justicia ? Yo te di mi vida, yo te la quitaré para dársela á otros seres sean gusanos ó hombres, indistintamente. Tú, mientras no te llegue la hora, sigue en la lucha, procura defenderte y no me importunes más.

Quise replicar, pero toda la tierra en torno mío mugió sordamente; yo me estremecí de espanto.

Entonces desperté !

IVAN TOURGUENEF.

REVELACIONES

(DESPUÉS DEL BAILE)

—Muy buenas noches, mamá.
 —Buenas noches, hija mía.
 Con cuidado estaba yá.
 ¿Qué tal se portó la tía?
 ¿Hubo buffet?
 —Claro está,
 ¡Si estuvo más animada
 la tertulia!.....
 —Eso me agrada.
 —Y yo he bailado hasta ahora.
 —¿Que has bailado?
 —Sí, señora.
 —Eso no me gusta nada.
 —¿Hice mal?
 —Cierto que sí.
 —Si es que un joven me invitó
 con mucha finura, y yo.....
 es claro.....no me atreví
 á contestarle que nó.
 Lo encontré muy natural.....
 No me esperaba esta riña.....
 Es un joven muy formal
 y muy guapo.....
 —¡Niña! ¡Niña!
 ¡Me parece mal! ¡Muy mal!

—Todas como yo han bailado:
 por eso me he decidido.
 Y mi tía me ha contado
 que muchas han envidiado
 la suerte que yo he tenido.
 Dicen que es un militar
 que en yo no sé qué batalla,
 con un valor ejemplar

ganó una cruz.....
 —¡Calla! ¡Calla!
 ¡Qué me voy á incomodar!

—¡Es tan fino y tan galante!
 —¿Será algún pollo pedante?
 ¿Algún alférez?
 —¿Quién? ¿Él?
 ¡¡Alférez!!.....¡Si es comandante
 con grado de coronel!
 Y además de su carrera,
 según me ha contado Lola,
 es propietario en Utreta.....
 ¡Tiene fincas!

—¡Hola, hola!
 Entonces no es un cualquiera.

—¿Qué ha de ser? Claro que no.
 —Y qué ¿se te declaró?
 —En seguida, sí, señora.
 —¿Y tú, qué le has dicho?
 —Yo.....
 le dije que por ahora.....
 sin contar con mi mamá.....
 —¡Jesús! ¡Mereces un palo!
 —No me atreví.....
 —¡Quíta allá!
 —No estabas tú.....
 —¡Malo! ¡Malo!
 ¡Siempre se te escapará!

—¿Luego opinas que he debido?.....
 —¡Naturalmente que sí!
 —¡Pero si no me he atrevido!.....

—Sólo se te ocurre á tí
despreciar tan buen partido.
—“Concédame ustê una cita”
(me dijo), y yo, muy turbada,
como temí que mamita
me riñera.....

—¡ Quíta, quíta !

¡ Si no sirves para nada !

—Pues bien, mamá, ya que veo
que es el tuyo mi deseo,
no me tildes de cobarde.

Le cité para el paseo
de mañana por la tarde:
Espero que me perdones.....
—¡ Bah ! No temas mis sermones.
Comprendes tus intereses.....
—¡ Como que hace y á tres meses
que estamos en relaciones !
—¿ Es de veras ?

—Claro está.

—Dame un beso.....¡ Qué alegría !
Otro beso.....Las tres y á.....
Hasta mañana, hija mía.
—Muy buenas noches, mamá.

VITAL AZA.

LA PRINCESA JAMA MAY

DE LEÓN TOLSTOY.

Existía en la India, muchos años ha-
ce, una princesa tan rubia y hermosa
que se llamaba Princesa Jama May,
que quiere decir en lengua japonesa *Ca-
bellos de oro*.

Tenía la Princesa Jamá May una ma-
drastra que la odiaba á muerte, ha-
biendo logrado con sus zalamerías in-
ducir al *Mikado* (Emperador del Ja-
pón), padre de la niña, que desterrase
á ésta á un lugar solitario y muy ale-
jado de la corte.

La princesa fué conducida á un de-
sierto, y en él abandonada á la voraci-
dad de las fieras.

Mas ¡ oh milagro ! al quinto día
de su destierro volvió al palacio imperi-
al de su padre, sentada á la grupa de
un león que mansamente la acariciaba.

Entonces la madrastra aconsejó al
Mikado que dos criados condujeran á
la princesa hasta la cumbre de una pe-

ñascosa montaña, donde sólo mora-
ban condores, águilas y otras aves de
rapiña ; y al cuarto día, la Princesa
Jama May apareció en el palacio de
su padre, también sentada como en un
trono, sobre las vigorosas alas de una
enorme águila.

—¡ Caramba ! gritó la implacable
madrastra.

Pero no se daba por vencida, y en
la noche del mismo día hizo transportar á la princesa á una isla distante
de la costa, y abandonarla en medio
de las borrascosas olas.

¡ Empeño inútil ! El viento empujó
hacia las costas de las islas una frá-
gil barquilla de pescadores, y éstos,
sorprendidos y admirados de tanta be-
lleza, y compadecidos de su miserable
abandono, invitaronla á embarcarse
en el esquife, y la condujeron á la ca-
pital del *Mikado*.

Pero la furibunda madrastra concibió la más tremenda ira, y haciendo abrir en el patio del mismo palacio un pozo profundísimo, arrojóla en él por la noche, y mandó cerrarlo en seguida con pesada losa de mármol.

Por cuarta vez se produjo el milagro de salvación de la Princesa Jama May, seis días después del crimen cometido: el Mikado observó que al través de las junturas de la losa surgía un resplandor vivísimo, que parecía salir del pozo, semejante á las nubes de fuego que coronan las cimas de las montañas en la puesta del sol, y mandando quitar la losa que cubría el pozo, apareció súbitamente la *Princesa de los Cabellos de Oro*, envuelta en diáfana auréola de luz nacarada.

¡Vive Dios! La madrastra se mordía los labios, se golpeaba la frente, se arrancaba los cabellos en el colmo de su desesperación.

¿Qué hacer ahora? Consultó con un mago y éste le aconsejó que encerrase á la princesa en el hueco de un tronco de árbol viejo y gigantesco, y que luego mandara arrojarla al mar.

Al noveno día el mar llevó el tronco añoso á la costa del Japón, y los marineros de un buque del Mikado sacaron de aquel ataúd á la pobre princesa, que aún conservaba un soplo de vida. Pronto murió y transformóse en mariposa que voló hacia un moral, y habiéndose convertido en un gusano de seda comenzó á roer las hojas con avidez indescriptible.

Un día no comió y dejó de moverse; mas cinco días después, el mismo período que había pasado en el desierto la princesa, reanimóse y volvió á roer más hojas.

Mas luego volvió á adormecerse y transcurrido otro período de tiempo igual al que la niña pasó en la montaña, hasta que el águila la llevó al palacio de su padre, el gusano de seda se re-

nimó nuevamente, y luego se volvió á adormecer y á revivir con mayores bríos.

A la quinta vez el gusano apareció envuelto en un capullo mórbido, finísimo, dorado, en cuyo fardo depositó sus huevecillos y los avivó con amor de madre; salió de allí roto el capullo, otro gusano de seda que pobló los morales y los robles del país, y todos aquellos gusanos se reprodujeron maravillosamente, y se aposentaron en las arboledas, en los jardines, en los bosques, hasta en las rocas más altas y desnudas de vegetación, y todo el inmenso territorio del Japón apareció un día, al despuntar el alba, lleno de capullos de finísima seda, labrados por los descendientes de la princesa, por los Jama May.

Y desde entonces el Imperio del Japón cultiva en cantidad enorme el gusano Jama May, y fabrica los más finísimos tejidos de seda.

Los japoneses han dado nombre especial á cada uno de esos cinco letargos ó sueños que tiene el gusano de seda; al primero llaman *sueño del león*; al segundo, *sueño del águila*; al tercero, *sueño de la barquilla*; al cuarto, *sueño del pozo*; y al quinto, *sueño del árbol*.

Y todo en memoria de la *Princesa de los Cabellos de Oro*.

¿Y la madrastra, me parece que me preguntara una de mis amables lectoras, qué se hizo de ella?

Pues élla fué transformada por la Divina Providencia, y en castigo de sus maldades, es una osa salvaje y está condenada á morir en los troncos huecos de árboles añosos, donde permanece dormida seis meses en el año, y en los otros seis meses los perros de los Mikados sucesores del padre de Jama May, la persiguen constantemente, sin que pueda jamás morirle ni tener descendencia.

¡Sola y siempre sola!

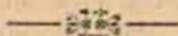
TIEMPO QUE FUÉ

DE TENNYSSON.

Las lágrimas, lluvia estéril
 No sé lo que signifiquen,
 Pero del abismo vienen
 De una amargura indecible;
 Al corazón saltan luego
 Para que en los ojos brillen
 Del que mira fiel la imagen,
 Triste ¡ay! triste
 En los campos otoñales
 Del tiempo que ya no existe.
 Dulces como el primer rayo
 Que percibir nos permite
 La vela que al fin nos trae
 Seres queridos.....Tan tristes
 Como el que alumbró postrero
 Aquel pañuelo (¡ay terribles!)
 Que allá en la margen lejana
 El último adiós nos dice
 Y al punto el espacio oculta.....
 Tristes, tristes
 Cual es dulce la memoria
 Del tiempo que ya no existe!
 Lúgubres como el graznido
 Roneo, horrible,
 Que el ave á la madrugada
 Da soñolienta y distinguen

Los oídos del que toca
 De esta vida en los confines.....
 Lúgubres y tan extraños,
 ¡Ay! tan tristes
 Cual será para los ojos
 A quienes la luz extingue
 El cuadro informe, variable
 De aquello que entonces miren
 Y lento desaparece.....
 Extraños y así tan tristes
 Como el oscuro recuerdo
 Del tiempo que ya no existe.
 Queridas cual la memoria
 De aquellos besos sublimes
 Que en los labios—hoy cenizas—
 Estampamos de una virgen.....
 O como aquellos que sueña,
 En su locura, infelice,
 El desesperado amante
 Dar al angel por quien vive.....
 Profundas, así profundas
 Como el amor ¡oh! y tan tristes
 Como el penar solitario
 Del muerto que en vida gime,
 Como el pálido recuerdo
 Del tiempo que ya no existe!

C. OBESO.



LA ADOLESCENTE

(CONSEJOS Á UNA JOVEN)

Ha terminado tu infancia: pasaron aquellas horas tranquilas y aquellos días que se enlazaban los unos á los otros cual los anillos de una cadena florida. Aún permaneces adormida por el arrullo maternal, por el canto del ruiseñor y por el ambiente matutino que te saluda enviándote su hábito perfumado. Todavía no has oído otros rumores que los del céfiro al jugar entre los árboles del frondoso bosque; no has percibido otro murmurio que el del bullente arroyo, ó el alateo de la mariposa junto al cáliz de un jazmín. Si tu angelical sueño pudiera ser eterno, te dejaría gozar de él; mas como tu sueño ha de durar tan poco, no quiero fiar al hombre y al mundo el cuidado de despertarte..... El inarmónico ruido del mundo es muy estridente y te asustaría, el hombre es brusco y te haría despertar llorando.

Hoy vertiré la primera gota de hiel en el apacible lago de tu vida; mas esa gota quizás te preserve de absorber un cáliz hasta las heces.

Te hallas en el crepúsculo de la vida, en el paréntesis que exis-

te entre la infancia y la juventud, en el umbral del mundo social, y quiero prepararte para entrar en él.

Tus quince años son hoy la plataforma que te eleva á una altura desde la cual no ves más que bellos paisajes y risueños panoramas.

¡Oh! el alma tengo transida de dolor al tener que hacerte descender de aquellas regiones ignotas y encantadas: mi corazón se hace trizas al quitar á tu cabeza la muelle almohada de las ilusiones para ofrecerla la dura y fría piedra de la realidad. Pero es forzoso hacerlo; debo rasgar el rosado cendal que te oculta las negras tintas del cuadro de la vida.

Antes de que penetres en la sociedad, cuyas puertas yá tienes abiertas, quiero hacerte conocer lo que encierra, guiando de este modo tu inexperiencia y vacilantes pasos. Allí oirás que te hallas en la edad más bella de la vida; pero tén presente que también son bellas las rosas y á pesar de belleza tánta, ocultan agudas espinas.

Muy en breve los que te cercuen crearán en torno tuyo una

densa atmósfera de adulación; no la aspiras nunca, es una pobreza de espíritu embriagarse en su humo. No te acostumbres á este veneno que es el peor de todos aunque se presente en engalanada copa de oro.

La hermosura es una flor que marchita el más leve soplo del huracán, y nada puede volverle su lozanía.

La hermosura, llamada por Sócrates "tiranía de corta duración" es, sin la virtud, cual una flor sin aroma; la mano del tiempo la pulveriza y quedan de ella frías é inodoras cenizas.

Obsérva que la mujer bella solamente, es una página que consta de una línea, y por lo tanto pronto se examina; la mujer buena es un precioso libro cuyas interminables páginas se hacen más interesantes á medida que se avanza en la lectura de ellas.

Napoleón I, el coloso de su siglo, dijo: "una mujer hermosa agrada á la vista; una mujer buena deleita el corazón; la una es una alhaja, la otra un tesoro inapreciable."

En la sociedad se anidan la calumnia, la envidia y la ingratitude. La envidia es hija de todo lo más ruín, es la lepra del alma; sé benévola y generosa, y todas las saetas que la envidia te dispare se estrellarán en el arnés de tu superioridad sin que te hieran sus afiladas puntas. La calumnia revela infamia de corazón, y generalmente son seres pigmeos los cobardes que se

atreven á blandir esa arma. Si conservas y ostentas una conciencia blanca como el armiño y pura cual la hoja de una azucena, disfrutarás una paz consoladora y serás invulnerable.

La ingratitud la encontrarás esparcida por doquier; nadie ha querido acusarse de ella, por ser bajeza tan vergonzosa, y, sin embargo, tiene su albergue en muchos corazones, que se parecen á la arena del desierto, en que ésta absorbe el agua del cielo y no produce fruto.

Además, tú no necesitas gratitud alguna para practicar el bien; quedas premiada con el placer que te produce la realización de una buena obra. No quiero ocultarte que en este triste valle, nos afligen muchos males. Si aquí existe la felicidad, sólo se encuentra como preludeo del dolor, y eslabonada con la desdicha.

¿Cómo quieres que yo te diga que el infortunio no cernerá sus invisibles alas sobre tu cabeza? Imposible.

¿Quién puede decir que en este erial ningún pesar ha llagado su alma, ni recuerdo alguno ha apagado su sonrisa? Nadie.

¿Qué mortal que cuente por horas de ventura las de su existencia, no habrá tenido una nota discordante en la armonía de su vida? Todos han prestado su óbolo en la hora de los infortunios y de las lágrimas. La vida es un océano combatido siempre de contrarios vientos, un piélago inmenso de gran-

des sueños y mezquinas realidades. Soy impotente para enseñarte el arte de ser dichosa, pero intentaré hacerte aprender el arte de ser menos infeliz.

Para el dolor, planta que se desarrolla en el corazón humano, hay un lenitivo: la grata fresca y benéfica sombra del árbol llamado resignación; acójete bajo su amparo.

En las tempestades de la vida podrá auxiliarte el pararrayos llamado consuelo del justo, bálsamo de la adversidad ó religión.

En el cielo reside una estrella que jamás oculta á la vista del mortal sus fúlgidos é inextinguibles resplandores. Este brillante astro se llama esperanza.

Voy á hablarte de un sentimiento que te sorprenderá tan pronto como tu corazón sacuda la somnolencia y el letargo en que yace. No tardará en llegar para tí un momento, en el cual sentirás una inquietud inexplicable, un vago é indescriptible deseo, una soledad que te aterrará, y es que necesitarás apagar en el raudal del amor la ardiente sed en que se abrasa el alma en los primeros albores de la adolescencia casta y pura. Tu corazón impresionable se abrirá á todas las ilusiones, aspirarás el amor con todas tus fuerzas, soñarás un ideal que tu fantasía revestirá de todas las perfecciones; pero ¡ay! ese sér, objeto de tu predilección, podrá parecerse al que tú has soñado, y, sin embargo, no será tu ideal.

En el camino de tu vida tropezarás con seres que entenderán el amor de mil diversos modos, y te lo presentarán bajo formas distintas.

Los hombres que materializan y profanan ese sentimiento, hacen de él un Proteo. El alcázar del amor tiene dos puertas: una llamada sentimiento, y la otra sensación. Cierra con premura todos los caminos que conducen á esta puerta, pues es la falsa.

El amor verdadero es la fusión de dos séres en una unidad angélica y sagrada, y la armonía de dos corazones unisonos. Nada hay más sublime que esta estrecha asociación de dos corazones, la cual permite que los pesares se reduzcan á la mitad y los goces se centupliquen.

Según el ilustre Víctor Hugo, "el amor es una parte del alma misma y de la misma naturaleza que ella. Como ella, es una chispa divina; como ella, es incorruptible, indivisible, imperecedera. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal, á la cual nada puede limitar ni amortiguar."

El amor es un himno, es la más grata y conmovedora de las armonías.

El amor embellece la vida; cuando se ama, el cielo parece más bello, el sol más brillante, las aves más canoras.

Hombres hay de corazón pútrido, aunque cubierto con sudario de tisú, que mienten amores. Hombres hay crueles que desgarran el corazón de una

tierna niña con la más punible impavidez, cual puñal que no cuenta las palpitations del corazón que atraviesa. Poco te diré acerca de estos hombres, pues los conocerás en la frialdad y hediondez moral de sus palabras

Contra el hombre libertino tienes una defensa en tus ojos: la pureza de tu mirada. Ante tu mirada caerán los pensamientos impuros, cual murallas de hielo deshechas por fuego purificador.

No creas á quien te pinte el sentimiento con exhuberancia de palabras. En cosas tan sagradas es preferible el silencio á las exageración.

Nada debe ser más respetuoso que el amor.

El amor puro, el único que tú debes ambicionar, se llama infatigable inspirador de lo bueno.

El amor puro es un bautismo

que purifica el alma, borra todas las manchas que la oscurecían y la inunda de luz.

El amor que tú debes inspirar es el que describe Platon: "aquel amor que emprende grandes cosas; conduce al camino de la virtud y no permite ninguna debilidad."

No aspire al matrimonio por lucir galas, ó por adquirir independencia. No te cases si no tienes el alma llena del sér á quien has de unir tu existencia.

Casarse por amor es una ley divina: casarse sin amar es cometer infracción en la santa ley.

Nunca hagas alarde de insensibilidad; el más fuerte no es el que no ama, sino el que ama mejor.

El amor es la poesía de la vida.

El amor es la página escrita en toda la Creación.

Un alma enamorada, es un arpa cólica, una lira pulsada por ángeles y serafines.

CONCEPCIÓN G. DE FLAQUER.

EL ALMA

(DIÁLOGO ENTRE ABUELA Y NIETA)

—Abuela, perdí la calma, cuando mi perro murió.

¿Habrá ido al cielo?

—Hija, nó; los perros no tienen alma.

—Y esa madrastra que á mí me pega y me reconviene,

¿tiene alma?

—Sí que la tiene.

—¿El perro nó y ella sí? Pues ¡ay! mi corazón no llega á entender, abuela mía, por qué el perro me quería y mi madrastra me pega!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

A REY MUERTO....

(CAPÍTULO DE NOVELA)

Desde que la joven madre hubo declarado que la cuna era mueble innecesario por entonces, pues ya el chico daba pasos de borracho y hablaba en una jerga no inteligible para los que no tienen hijos, andaba mal la casa, porque el pedacito aquel de carne informe, aquella "manzana con ojos", era una adorable calamidad, un anarquista consentido que desgarraba las camisas, quebraba el biberón diez veces por día, y, con pretexto de apoyarse en algo, halaba la carpeta de las mesas, echando al suelo reloj, jarrones, cuelgas y regalos de matrimonio. Cuando el sol entraba por las hendijas de la ventana al dormitorio de los jóvenes esposos, donde á las ardentias locas de la luna de miel había sucedido una felicidad tranquila y juiciosa, la madre, recién despierta, agarraba el envoltorio en cuyo centro, como una oruga, estaba el chico, y lo ponía al pie de la cama. Agitábase allí el envoltorio, y de una de las extremidades ó por cualquier lado, salía una cabeza redonda, con mechones despoblados y de hebra rubia, y cara sin facciones, con gesto de alegre burla; luego saltaba

un brazo regordete, después el otro y, quedaban por último, á un lado el capullo de sábanas diminutas y al otro un hombrecito cercano al año, que se agitaba buscando apoyo en la orilla de la cama para ponerse de pie. Reía la madre en aquella penumbra dichosa, y era la pureza el fondo del cuadro.

Apoyado vacilante en la orilla de la cama, iba el chico caminando hasta el extremo, faltar de sostén, soltaba una mano; después la otra, tambaleaba breves instantes y caía sentado sobre el suelo de la alcoba, enredándose en la camisa; en seguida, cual si supiera que lo más pronto es lo más lógico, echaba á gatear hacia la puerta y salía al corredor. Nuevas dificultades en aquel viaje matutino: la escalerilla para bajar al corredor era muy corta, pero ¡era tan chico el viajero! Nada! La necesidad es madre de la industria: gatea en el primer escalón, cae á plomo en el segundo, y, ya en el borde para descender al tercero, rueda y va á dar á lo plano, blandamente, hecho un rollete. Se sienta en el suelo con

ganas de llorar, y no llora: le falta público.

Vientos maléficos de otra parte echaron sobre la ciudad un veneno invisible. La tos ferina estaba acabando con los niños, celosa de la inocencia: por el camino del cementerio viajaban diariamente los conductores de ataudillos blancos, y en las casas reinaba el luto. Un día tosió el niño; la madre, presa del espanto, envió por el médico, y la sentencia de muerte hirió á todo aquel hogar dichoso. Las noches eran lo mismo que los días, prolongación cruelísima de una ansiedad suprema. El padre, en sombría desesperación, quería comunicar á su esposa una esperanza que él mismo deseaba para sí, y por la cual lo hubiera dado todo. ¡Imposible! No tenía fe en nada, y, acosado por el dolor, y desesperado y rabioso, "¿por qué no se muere pronto?" decía á veces delante de la pobre madre desolada, que se llenaba de terror al escuchar aquella blasfemia. "¡Que se muera, pero que no la mate á ella! Sí; que se muera y deje de sufrir! ¿Qué crimen quieren cobrarle martirizándolo de ese modo?" decía el pobre á sus amigos, que nada podían más que acompañarlo. Y el niño se moría..... y por toda la casa reinaba un silencio de tumba, y estaba todo muy limpio y en un orden que daba tristeza. Ni la conversación aquella en jerga

que sólo entienden los padres, ni el ruido de los jarrones al caer y hacerse trizas, ni las materas volcadas, ni las riñuelas entre marido y mujer sobre la conveniencia de castigar al niño endiablado—lo que siempre terminaba con besos al delincuente y una dulce mirada de amor—nada de eso quedaba: ni un destello siquiera de esa felicidad que á nadie estaba haciendo daño! ; Era horrible!

Un día fué el último de la tragedia. El médico llamó al padre creyéndolo más valeroso. "Convendría—le dijo—que usted hiciera retirar á la señora; el niño está agonizando y no hay objeto en que ella presencie toda esa escena dolorosa. Podría causarle una enfermedad grave. Está muy delicada." La pobre oyó la atroz indicación, y mientras el marido dejaba salir en un torrente de lágrimas toda su amargura amarguísima, se afirmaba ella en el propósito de no separarse jamás del niño; aunque estuviera muerto! ¿Quién sería el atrevido que osara exigírselo? Nadie! Ninguno! Ella quería tener su niño, siempre! ¿Por qué se lo iban á quitar?

Luciano, el solterón cuasimédico y solitario, el misántropo que amaba á la humanidad desde que á ella ingresara su sobrito moribundo, buscaba una manera de atajar la desgracia que se metía en el hogar de su hermana, y no daba con una

solución práctica. Un milagro..... ¡Vaya! en estos tiempos no hay santos; los que había se murieron, y tan aburridos se marcharon de este mundo, que no permiten ni que se lo recuerden. Los médicos.... los médicos curan á veces, cuando la enfermedad no es la última, cuando se trata de un enfermo vigoroso, que pueda alimentarse bien y pagar las drogas y, sobre todo, cuando no tiene tos ferina. Sí; hay que hablar claro: los médicos son charlatanes de levita que las echan de serios y que, cuando acaban de matar al enfermo, se ponen á dar buenos consejos. ¡Vaya! Era indigno de un positivista como Luciano ponerse á pensar en médicos.

Pero era preciso *buscarle el lado á la cosa*, como él decía; porque la desdichada madre estaba loca de

dolor; el padre, más cobarde, se había echado á morir, y en cuanto al moribundito, era, vamos á decir, una necesidad social. Si se moría, ¿quién iba á alegrar la casa mientras llegaba el sustituto?

..

Y lo que se esperaba sucedió. Murió el niño, y los padres, trabajados por las fatigas de muchas noches y de muchos días pasados al borde de la cama viendo acabarse al angelito, quedaron hechos una lástima en el cuerpo y en el alma. Los amigos cargaron el muertecito, y tomaron camino del cementerio acompañados de Luciano, que sentía una especie de orfandad transitoria, porque, como él decía á uno de los acompañantes, "no era tan difícil reemplazar á un chico muerto.

ANTONIO POSADA HERNÁNDEZ.

R I M A

DE HEINE.

Tocaron las trompetas botasilla :
 Y á escape penetraron en la villa,
 Haciendo cascós bien empenachados,
 Los hulanos azules y encarnados.
 ¡Qué confusión ! ¡Qué gritos ! ¡El estruendo !
 De las armas alzaba un eco horrendo !
 Al fin buscan posada..... ¡qué locura !
 Conozco el corazón de una perjura
 Que dar puede (no miento)
 Posada al regimiento.

RICARDO PALMA.

LA TUMBA

La estadística nos ha dado á conocer la cifra de la población y las rentas el comercio de todas las naciones.

Se sabe á punto fijo lo que se consume en Francia, hasta se ha calculado la cantidad de agua que pasa durante una hora por uno de los arcos del Puente Nuevo.

Una de las estadísticas más interesantes sería la que nos demostrara las satisfacciones y regocijos que el hombre puede encontrar en la vida.

Se conoce el término medio de la existencia humana, y no estaría de más consignar el término medio de su felicidad.

¿Cuáles son los verdaderos goces del hombre? Después de la ternura de la madre, vienen el amor de la esposa y la alegría de verse reproducido en los hijos.

El que vive de su trabajo, ama á su mujer y á sus descendientes lo mismo que el que vive de sus rentas, pues la suma de felicidad es igual para todos.

El enemigo más temible de la sociedad es el fastidio, el cual es el resultado de la plenitud de la falta de deseos y hasta de la falta de pesares.

El fastidio es la enfermedad de los que, pudiendo disfrutar de to-

do, nada absolutamente desean.

Habíame sugerido estas reflexiones el relato que días atrás me hizo un hombre, joven todavía y muy conocido en París, Mr. Edmundo de L.....

Huérfano desde niño, recibió al ser mayor de edad una fortuna de millón y medio de francos, con la que se presentó en París.

Para saber lo que fue de aquella fortuna, habría que preguntárselo al cajero de uno de los Círculos más elegantes de la capital, á los divanes de los *restaurants* de moda, á los tratantes en caballos y, sobre todo, al juego.

Edmundo no tardó en convenirse de que se arruinaba á toda prisa; pero no podía ya retroceder ni disminuir el lujo de que se había rodeado.

Reunió nuestro hombre los restos de su fortuna y colocó en el fondo de su caja una pistola cargada que cubrió con los billetes de banco y el oro que le quedaba.

—Cuando no haya más que la pistola, dijo para sí, yá sabré lo que debo hacer.

Cierto día no quedaba en la caja más que el arma fatal.

Edmundo tomó sus últimas determinaciones, empleó el importe de sus muebles y de varios obje-

tos de valor en el pago de algunas deudas insignificantes y se dispuso á morir.

Pero una idea le contuvo de pronto.

—¡No he pensado en mi tumba! exclamó.

Y se asomó á la ventana.

La fosa común le causaba espanto y sentía no haberse acordado jamás de su última morada.

—No! repuso después de haber meditado unos instantes. No quiero que se diga que no he podido tener siquiera una tumba.

Edmundo salió á la calle y no se le volvió á ver más en el barrio donde había vivido.

Presentóse en el taller de un empresario de construcciones para ferrocarriles, donde fue admitido, puesto que era un buen dibujante y manejaba á la perfección la escuadra y el compás.

Si una idea fija no hubiese fortalecido su espíritu, no habría soportado aquella vida de trabajo y de privaciones.

Acostumbrado á derramar el oro á manos llenas, conoció al fin su valor, y, al término de cada semana, cuando había economizado diez francos, pensaba con deleite que se iba abreviando el tiempo de la terrible prueba á que se había sometido.

Nadie podía sospechar que aquel hombre trabajase para adquirir una tumba.

Al fin logró comprar el terreno que le ofrecía el término de sus penalidades.

Pero tenía que ganar lo neces-

sario para la mano de obra y para la lápida mortuoria, y siguió trabajando con verdadero ensañamiento.

Edmundo iba dos veces por semana al cementerio á visitar su propiedad. Hizo cavar la fosa, mandó sembrar un sauce y dibujó un monumento en extremo sencillo, que se comprometió á pagar á plazos á un marmolista.

En medio de sus ocupaciones hábale parecido muy corto el tiempo. El trabajo había hecho unos de sus milagros, y Edmundo no se aburría, porque su existencia tenía un objetivo, y, comparando su estado anterior con la laboriosa vida que por capricho había adoptado, acabó por preferir su situación presente.

La tumba estaba terminada y sólo debía pagar Edmundo el último plazo para tener derecho á ser enterrado como un verdadero propietario.

En sus matinales visitas al cementerio, había notado á veces la presencia de una joven vestida de luto que iba á colocar flores sobre una modesta sepultura.

Cierto día le regaló la joven dos matas de pensamientos, que Edmundo sembró en su terreno con inexplicable satisfacción.

Edmundo señaló el día de sus funerales y se despidió de la muchacha.

—¿Se va usted de París? le preguntó la joven. ¿Y puede usted separarse del que viene usted aquí á llorar?

—Si yo no lloro á nadie, con-

tos de valor en el pago de algunas deudas insignificantes y se dispuso á morir.

Pero una idea le contuvo de pronto.

—¡No he pensado en mi tumba! exclamó.

Y se asomó á la ventana.

La fosa común le causaba espanto y sentía no haberse acordado jamás de su última morada.

—No! repuso después de haber meditado unos instantes. No quiero que se diga que no he podido tener siquiera una tumba.

Edmundo salió á la calle y no se le volvió á ver más en el barrio donde había vivido.

Presentóse en el taller de un empresario de construcciones para ferrocarriles, donde fue admitido, puesto que era un buen dibujante y manejaba á la perfección la escuadra y el compás.

Si una idea fija no hubiese fortalecido su espíritu, no habría soportado aquella vida de trabajo y de privaciones.

Acostumbrado á derramar el oro á manos llenas, conoció al fin su valor, y, al término de cada semana, cuando había economizado diez francos, pensaba con deleite que se iba abreviando el tiempo de la terrible prueba á que se había sometido.

Nadie podía sospechar que aquel hombre trabajase para adquirir una tumba.

Al fin logró comprar el terreno que le ofrecía el término de sus penalidades.

Pero tenía que ganar lo neces-

sario para la mano de obra y para la lápida mortuoria, y siguió trabajando con verdadero ensañamiento.

Edmundo iba dos veces por semana al cementerio á visitar su propiedad. Hizo cavar la fosa, mandó sembrar un sauce y dibujó un monumento en extremo sencillo, que se comprometió á pagar á plazos á un marmolista.

En medio de sus ocupaciones hábale parecido muy corto el tiempo. El trabajo había hecho unos de sus milagros, y Edmundo no se aburría, porque su existencia tenía un objetivo, y, comparando su estado anterior con la laboriosa vida que por capricho había adoptado, acabó por preferir su situación presente.

La tumba estaba terminada y sólo debía pagar Edmundo el último plazo para tener derecho á ser enterrado como un verdadero propietario.

En sus matinales visitas al cementerio, había notado á veces la presencia de una joven vestida de luto que iba á colocar flores sobre una modesta sepultura.

Cierta día le regaló la joven dos matas de pensamientos, que Edmundo sembró en su terreno con inexplicable satisfacción.

Edmundo señaló el día de sus funerales y se despidió de la muchacha.

—¿Se va usted de París? le preguntó la joven. ¿Y puede usted separarse del que viene usted aquí á llorar?

—Si yo no lloro á nadie, con-

testó Edmundo, poniéndose encarnado.

—¿Pues á qué viene usted al cementerio?

—A ver mi tumba.

—¡Su tumba! dijo la desconocida con sorpresa. ¡Vaya una idea!

He deseado siempre una buena sepultura para mi madre, que está ahí enterrada; pero no he pensado jamás en la mía.

—¿Qué quiere usted, señorita! No puedo soportar la idea de verme confundido con la multitud en la fosa común.

—Devuélvame usted mis pensamientos! repuso la joven con acento desdeñoso.

—¿Me desprecia usted? preguntó Edmundo.

—Es usted un egoísta y un cobarde, repuso la desconocida. ¡Es un crimen renunciar á la lucha en plena juventud! Si ha sido usted rico, procure usted volver á serlo y lo conseguirá si en ello se empeña.

Edmundo regresó á su casa emocionado y pensativo; y á los pocos días de aquella conversación, la madre de la joven fue sepultada en la tumba de Edmundo, que desde entonces quedó convertida en panteón de familia, porque Edmundo se había casa-

do con la desconocida del cementerio.

Había dado al fin con la felicidad.

Una tarde, al regresar á su domicilio, encontró Edmundo á uno de sus antiguos compañeros, el cual le dijo:

—¿Pero qué es de tu vida? Hace cuatro años que te busco por todas partes para pagarte los cincuenta mil francos que una noche te quedé á deber en el Círculo.....

—Había renunciado á ese crédito porque sabía que estabas arruinado.

—Sí, pero he adquirido una herencia importante y quiero cumplir contigo cual corresponde á un hombre honrado. Dame las señas de tu casa.

Cuando aquella misma noche recibió Edmundo los cincuenta mil francos, dijo á su mujer:

—Toma este dinero y compra una casita de campo con un bonito jardín donde puedan jugar nuestros hijos.

Si se quisiera deducir de esta historia otra moralidad de la que en sí misma encierra, añadiría:

—¡Trabajemos sin descanso para labrar nuestra tumba, ya sea de piedra, ya sea de gloria!

AURELIANO SCHOLL.



MI MUELA

A un doctor amigo.

(PARODIA DEL NOCTURNO DE ACUÑA)

Pues bien, yo necesito
Decirte que esta muela,
De arriba, la penúltima,
Me aflige sin cesar;
Que tiene un agujero
Y que por él se euela
El fresco cefirillo
Y en su interior revuela,
Causándome al moverse,
Agudo malestar.

Yo quiero que tú sepas
Que van pasando días,
Que estoy enteco y pálido
De tanto padecer;
Que se han hinchado todas
Mis débiles encías,
Y que en mi boca cuento
Tan grandes averías,
Que ya no sé ni cómo
Ni cuando he de comer.

De noche me propongo
Pensar en otra cosa,
Y sueño que disfruta
Mi boca de salud,
Y olvido de mis males
La historia tormentosa;
Mas otra vez la muela
Despiértase furiosa.....
Y cual remedio único
Te me apareces tú.

Comprendo que tu ciencia
Inútil es conmigo;
Comprendo que en tus manos
No me he de ver jamás,
Pues si he temido siempre,
Desde que fui testigo
De varias extracciones,
Al mundo entero digo
Que en vez de temer menos
Hoy temo mucho más.

A veces pienso que eres
Un charlatán que explota
Los males, y te ódio
¡Te ódio con razón!

Pero en las negras noches
Si el nervio se alborota,
Pregunto: ¿qué me hago
Con esta muela rota?
Qué quieres que yo haga
Con este cascarón?

Y luego que ya estuve
En tu morada un día
Sentado de los mártires
En el fatal sillón.....
Mas ¡ay! sobre tu mesa
El "turco" relucía,
Y de sus férreos labios
Oír me parecía:
"¡Yo soy rompe quijadas!"
Y me largué, Doctor.....

¡Qué bueno hubiera sido
Allí, bajo aquel techo,
Cerrando ojos y oídos
Al instrumento aquél,
Dejar que me extrajeras
La muela, y satisfecho
Al suelo la arrojaras!
¡Con qué placer mi pecho,
Inofensiva, muerta,
La viera hoy á mis piés!

¡Figúrate qué hermosas
Las horas de comida!
Mascar á dos carrillos,
¡Qué plácido mascar.....!
Y peces, aves, frutas.....
Con fiera arremetida
Contento devorara
Mi voca redimida
Por tu potente diestra
De su dolor molar.

¡Bien sabe Dios que ese era
Mi solo pensamiento,
Y que he mandado hablarte
Con tal resolución!
Bien sabe Dios que á impulsos
De mi sin par tormento,
Estaba resignado
A todo sufrimiento,
Dejándote que hicieras
Del hueso la extracción.

Esa era mi esperanza,
Mas yá que mis temores
Cuando hácia mí te acercas
Se aumentan, ¡se acabó!.....
¡Me quedo con mi muela
Sufriendo mis dolores!
¡Adiós por la vez última,
Doctor entre Doctores.....
Te tengo mucho miedo!
¡No vuelvas más! ¡¡Adiós!!

PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA

¡LINDO IMBÉCIL!

Era la explosión del año nuevo: caos de lodo y de nieve atravesado por mil carrozas brillantes de juguetes y de dulces, delirio oficial de una ciudad, hecho para turbar el cerebro del solitario más fuerte.

Y en medio de ese amontonamiento y de ese alboroto, un asno trotaba con viveza, maltratado por un bruto armado de una fusta.

Como el asno fuese á cruzar el ángulo de la acera, un hermoso señor, enguantado, encorbatado, acharolado y prisionero en vestidos nuevos,

se inclinó ceremoniosamente ante la humilde bestia y le dijo con el sombrero en la mano: "¡Os la deseo buena y dichosa!..." Y en seguida se volvió hacia algunos camaradas con un aire de fatuidad que pedía aprobación.

El asno no miró siquiera al hermoso bromista, continuando cuidadosamente su carrera hacia donde él deber lo llamaba.....

Por mi parte, yo experimenté en el acto una sensación rabiosa contra ese magnífico imbécil, que me pareció que resumía todo el *sprit* de la Francia.

CARLOS BAUDELAIRE.

E I, P A J E

(De Schiller)

¿Quién de vosotros—preguntó el Monarca
A sus nobles magnates y escuderos—
Si esta áurea copa—y levantóla en alto—
Arrojo ahora en las revueltas olas
De ese mugiente mar, osará luego
A sus abismos descender profundos
Y saliendo triunfante, esta presea
Entregarme otra vez? El que lo intente
El primero será de mis vasallos.
Dijo, y al aire rápida arrojada
La copa de oro reluciente se hunde
En las olas; y pálidos y mudos
Unos á otros todos se miraron.
Sólo un noble doncel, rubio y hermoso
Como celeste aparición, saliendo
De entre la turba atónita, descíñe
Con tranquilo ademán el broche de oro
De su manto de seda, y contemplando
Por un momento la extensión profunda,
Entre las olas férvidas se arroja.
Un grito ahogado de terror se escapa
De cada boca; y tierna despedida
Algunos cuantos con piedad murmuran;
Luego con ansia indefinible esperan.
Sólo se mira la extensión sublime
Del Océano inmenso, en que las olas,
Embravecidas por el viento, vienen
Unas tras otras sin cesar. Ninguno
Que á su fondo cayó tornó á la vida.
Aunque al mar arrojaras—alguien piensa
De entre tantos entonces—¡oh, cruel Monarca!
La corona que ciñes; y aunque en premio
De bajar á buscarla me la dices,
Yo los monstruos del mar y de las olas
La indómita violencia no arrostrara.
Al cabo de algún tiempo se apercibe
Indistinto rumor, el de la lucha
Del náufrago infeliz, con las potentes

Olas, en las que envuelto forcejea.
 Crece el afán: escúchase más claro
 El hervir de las aguas, y al fin surge
 La blanca mano del doncel y en ella
 La arrebatada presa, y de la espuma
 Todo saliendo á deponerla viene
 A las plantas del Rey. Alegre viva
 Que el aire atruena, celebró su hazaña.
 La linda mano de gentil princesa,
 Su única hija, arrebatando entonces,
 Al valiente mancebo el Rey le dice:
 Si otra vez tornas al profundo abismo
 Y otra vez en mi mano á poner vuelves
 Esta copa de oro que de nuevo
 Arrojaré á su fondo, por esposa
 A mi adorada hija y heredera
 En premio te daré de tu bravura.
 Inclina la doncella el rostro bello
 Teñido de rubor, y centellea
 De orgullo del mancebo la mirada.
 Sumérgese otra vez entre las néveas
 Y férvidas espumas, y las olas
 Al ocultarse todo, como siempre,
 Sobre la faz del Océano inmenso
 Siguiéron roncamente rebramando.
 Pero en vano esta vez por largas horas,
 Que á salir torne el éfobo triunfante
 Y á recoger venga el galardón querido
 Esperaron las gentes en la orilla.

ALBERTO MENCOS.

Guatemala, junio de 1899.

UNA LLAMADA A TIEMPO

—¡Lucho, Lucho! Una carta con el sello de la Secretaría del Presidente. ¡Lucho!

—¡Allá voy, hija! ¡Allá voy! Abreía entre tanto, y léeme lo que dice.

—Dice: "Su Excelencia necesita hablar con usted hoy á las 2 p. m."

—¿Será posible.....? ¡Vamos á ver! ¡Tráe, hija! ¡Tráe! "Señor

don Luis Lombardo". ¡No cabe la menor duda! ¡Es para mí! ¡Sácame inmediatamente la ropa negra, el tarro, la navaja, los botines, el jabón, la levita, el betún, la corbata, la escobilla! ¡Todo, todo!

—¡Jesús! ¡Cuánto apuro!

—¿Qué, no sospechas, mujer, lo que esto significa? ¿No comprendes

que una llamadita del Jefe del Estado, en días de crisis, es cosa clara?

Al fin se acordó Dios de nosotros! ¡Ya saldremos de apuros! ¡Bien decía yo que este Presidente era un buen sujeto!

—¡No seas farsante, Lucho! Ayer, nada menos, te oí decir que don.....

—¡Cállala, mujer! Cállala! Con razón dicen que ustedes todo lo descomponen!

—¡Pero si nadie oye!

—En estos casos, las paredes tienen orejas. Además, ayer me dolía una muela y no supe lo que dije. ¡Hoy es otra cosa! ¡Declaro que el Presidente es una persona muy estimable!

—Convenido. ¡Pero no te formes ilusiones, Luis!

—¡Qué ilusiones, Pancha! ¿Para qué puede necesitar me el Presidente, en los momentos actuales? ¿A mí, que jamás ha llamado para nada? ¡Está claro! ¡He tenido la fortuna de que se acuerde de mí, y nos la pusimos! ¡No le echas tanta saliva al betún, que esa humedad me perjudica! ¡Dáme, dame el jabón!

—Lo tienes delante. ¡Qué, no ves?

—¡Vaya unas navajas condenadas! ¡Cuando menos, la cocinera ha cortado con ellas el pan frío!

—¡No puede ser! ¡Nadie toca tus cosas!

—¡Imposible! ¡Ay, ay, ay!

—¿Qué te sucede?

—¡Me he pegado un corte atroz! ¡Dáme tafetán! ¡Ligero!

—¡No tengo cuatro manos!

—¡Pero suelta los botines! ¡Mira que me desangro!

—Si sabes, además, que no tenemos tafetán.

—¡Pues alcánzame un poco de ceniza! ¿Qué van á decir en el Palacio cuando me noten este tajo?

—¡Qué han de decir! ¡Si allí tienen costumbre de ver á los hombres desollados!

—¿Qué dices?

—¡Desollados, moralmente!

—¡Basta de sátiras! Ten presente que mañana será tu marido miembro del Gobierno, y que.....

—¡Qué inocente eres! ¡Sabe Dios para lo que será esta llamada!

—¡Caramba! Eres tan desconfiada, que aun viéndome con la faja serías capaz de dudar.

—¿Pero vas á ponerte este calzón?

—¿Qué calzón? ¿Cuándo aprenderás á decir pan-ta-lo-nes?

—¡Sea lo que fuere, pero vas á ponerte esta tela de cebolla?

—¡Si no tiene nada, y se tapa con la levita!

—Pero acuérdate y fíjate al sentarte.

—¡Déjala, déjala! Pónme la corbata! No apriétes!..... ¡Así!..... ¡Así!.....

—¿Supongo que el sueldo sera adelantado y que te comprarás ropa?

—¡Naturalmente! Con cuatro letras al Tesoro estoy listo. ¡Qué colerón van á tener algunos! Figúrate cuando salga á las visitas en el coche de gala! Lo primerito que voy á hacer, es mandar imprimir unas tarjetas grandes, que digan: "El Ministro de tal ramo, etc., etc".

—¿Tienes pañuelo? porque no hay ninguno limpio,

—¡No importa, me sonaré antes de salir!

—¿Y cómo vas sin guantes?

—Voy casi sin medias, y quieres que lleve guantes! Deja esos lujos para el momento de jurar. ¡Mira! Pásame la escobilla por este codo..... Ahora mi sombrero. ¡Y hasta luego!

—¡Que Dios te saque con bien! ¡Voy á ponerle volando, una lámpara á la Virgen del Socorro!



—Excelentísimo señor.....

—¡Hombre! Le he mandado lla-

mar, para que me saque usted de un apuro.

—Yá sabe Vuestra Excelencia que como ciudadano y como todo, me tiene Vuestra Excelencia á su disposición.

—¿Gracias! ¿Usted sospechará el objeto de mi llamada?..... Es para encomendar á usted la formación.....

—¿Sí, Excelentísimo señor! Así lo he comprendido!

—¿Bien! Busque usted lo mejor, y no omita medio ni pierda tiempo. ¿Ya sabe usted que son cinco ramos?

—¿Sí, Excelentísimo señor!

—¿Perfectamente!

—Pero vuestra Excelencia me autoriza para buscar cuatro compañeros.

—¿Hombre! no hay el menor inconveniente. Tiene usted para ello libertad completa. Principie usted en el acto sus labores, y por si fuere necesario, tenga usted este apuntito.

—¿Gracias, señor! ¡Gracias! Volveré tan pronto como sea posible. Beso á Vuestra Excelencia la mano.

—Vaya sin novedad.

•••

—¿Tum! ¡tum! ¡tum! ¡Pancha! ¡Panchita! ¡Abre! ¡Abrázame!

—¿Pero todo está arreglado?

—Completamente, hija, completamente! Ah! Y qué hombre tan admirable el Presidente! Te digo que tiene un trato, una amabilidad, una honradez de miras! Qué llaneza! He salido prendado, prendado de él!

—Y qué te dijo? Tuviste cuidado al sentarte?

—Qué! Todo fue sobre parado. Me dijo que me dejaba libertad completa para formar el Gabinete.

—¿Y ya te has fijado en quiénes?

—Eso quiero ver contigo. A tí qué te parece? Llamaré á Goyo?

—No me parece malo. Así podrá

su mujer pagarme los cinco duros que le presté.

—Déjate de miserias! Pensar en cinco duros, cuando vamos á tener cuatrocientos todos los meses! Con Goyo para Guerra..... para Justicia..... A quién se te ocurre para Justicia? X..... Qué falta de hombres! Pues no encuentro á nadie aparente para Justicia!

—¿Tiene que ser abogado?

—Puede ser médico ó clérigo.

—Pues si se permite que vaya un clérigo, yo llamaría un padre de los descalzos.

—No digas sandeces, Pancha..... ¡Ajá! ¡Ya caí! Para Justicia García.

—¿Pero García no es doctor!

—¿Cierto! Entonces, García para Relaciones..... ¡Así está bien!..... Yo, Gobierno; Goyo, Guerra; García, Relaciones..... ¡Faltan Justicia y Hacienda!

—Sabes quién sería bueno para Hacienda? ¡Don José! Fíjate en que es el único cobrador que no nos insulta cuando le decimos que regrese.

—¿Pero cómo voy á hacer Ministro á un cobrador?

—¿Y por qué nó? Siendo honrado y entendido en números, me parece aparentísimo.

—¿Qué honrado ni qué números! ¿Cuándo has oído tú decir, que para ser Ministro de Hacienda, se necesita sumar? Lo que busco es gente de posición social! ¡Ahí tienes! Si no estuviéramos de pleito con González, ¡era el hombre!

—¿Nó, por Dios! Quién aguantaría á su mujer? ¡Ni pensarlo!

—Pues no se me ocurre ningún otro.....

—¿Pero el Presidente no te ha recomendado?

—¿A nadie!

—¿Ni siquiera te ha indicado ligeramente?

—Nó..... Pero me dio un apunte.
 ¡Qué tal memoria! Me había olvidado completamente! ¡Aquí está!
 Dice así:

"Cinco ra... mos... vio... le... tas y jazmines... del... cabo y 25 varas... guir... nalda.....!"

—¿Qué será esto? ¡Su Excelencia

se ha equivocado!

—Nó..... si dice clarito: "Apunte para Lombardo".

—¡Pobre de tí! ¡Te ha equivocado con el jardinero Lombardo; y te encarga las flores para su matrimonio!

—!!! Horror !!!

FEDERICO ELGUERA.

LA IDEA

Díques pondé al curso del torrente,
 Así creyendo contener las aguas:
 No lograréis que tornen á su origen,
 Ni tampoco por siempre sujetarlas;
 Será mayor entonce su volumen;
 Serán así sus fuerzas aumentadas,
 Y á su impulso violento, la obra frágil
 Veréis cómo derriba y arrebatá!

A la idea, lo mismo que al torrente,
 Bien pueden un instante subyugarla;
 Pero siempre que está más perseguida,
 Mayores fuerzas y poder alcanza,
 Arrolla al necio que soñó vencerla,
 Y que se opuso en medio de su marcha;
 Triunfa de todos y jamás perece,
 Porque ella es inmortal, como es el alma.

MAXIMINO WALKER BRAVO.

UN CUENTICO

Sorprendido un día el buen Dios de los funestos estragos que había causado la lengua en este planeta, sabedor de las matanzas que había provocado entre los hombres, de la discordia que sembraba en todas partes y, lo que es aún peor, de la blasfemia, de la negra blasfemia contra El, El que la había creado, ante su Omnipotente presencia hizo comparecer á uno de sus arcángeles y le ordenó aprisionar eternamente á la rebelde autora de las desdichas de la humanidad.

Y fue el caso de que como era tan insinuante, tan amable, tan irresistible, el arcángel se prendó de ella, y al cumplir el más penoso de los soberanos mandatos, no pensó desde lue-

go sino en mejorar el cautiverio de la prisionera. Hizole construir un calabozo rojo como la granada, de rasgada puerta, de púrpura también, y colocó de centinelas dos filas de carceleros blancos y brillantes como el mismo marfil.

Desde entonces gime allí la sublime delincuente, y cuando la puerta se abre á despecho de los opresores, hace oír su voz potente en los ámbitos del Universo.

Tal es el origen de la parlara, de la inquieta lengua que cautiva la amapola de tu boca.

Si prisionera y todo me hace tantos males, ¿cuántos no me haría si del buen Dios no se hubiese cumplido la sabiduría de su mandato?

GABRIEL DÍAZ GUERRA.

RESURRECCION

Ya torna á mí la inspiración ardiente,
Ya descuelgo la lira enmohecida;
Ya siento arder en mi agitada mente
El dulce fuego que en mi ser se anida.

Ya recoge su manto la tristeza
Que enlutaba mis claras fantasías,
Y siento que se yergue mi cabeza
Con nuevas y robustas energías.

Ya no es mi canto la cadencia triste
Que exhala una alma que el dolor abate,

Para quien en el mundo sólo existe
Llanto y desolación, duelo y combate.

Ya no es la queja que angustiado lanza
Un corazón que en la desgracia muere;
Es el himno triunfal de la esperanza
Que con sus notas las tinieblas hiere.

Y al estallar mis versos ataviados
Con trajes nuevos y brillantes galas,
Huyen los desengaños espantados
Batiendo al aire sus negruzcas alas.

BILLO.

ESCENAS CAMPESINAS

I

LA MAÑANA

—Ay!, hermana, este frío hasta que trasmina; tengo la nariz y las orejas más heladas que un granizo!

—Oí los gallos, ya cantan la madrugada, abreviémonos.

Y ambas mozas soasan las hojas en las llamas del fogón y envuelven el tasajo de carne salada, los frejoles *chimbolos* y la porción de tortillas suaves.

—Niñá, date ligero, enjuagá las limetas para enchirlas de café.

Ya en el horizonte clarea este día de verano; bajo las bóvedas de los árboles sólo se escucha el cantar variadísimo de los pájaros; del cerro se desprenden de tiempo en tiempo bandadas de *chucuyos* esparcidas en abanico y con su grito peculiar; las nubes, ora separadas semejan algo como garzas hermosísimas, ora, en un girón de cielo se extienden palmeadas en bello desorden, como si un pintor hubiese pasado sin fijarse algunos brochazos por el lienzo.

El mandador de la hacienda habíalas dicho la pasada noche, que á las seis y media estuviesen en el cafetal y que las pagaría á dos reales *la medida*.

Aún más temprano llegan las campesinas; en cucullas y al pie de un *jocote*, con el sombrero de paja en la cabeza y la cotona de zaraza estrechando el lujo de sus bustos, los cachetes morados por el frío y las manos acurrucadas debajo del delantal,

se hallan aguardando á sus compañeras. Diez minutos pasados, se acerca una que más bien se diría va de paseo, tal es su compostura, pero ocultándose detrás de unas matas, sustituye todas sus piezas por otras sucias y adecuadas al trabajo.

Luégo vienen dos grupos de mozas, cantando unas, saltando otras como para sacar á los miembros de su encogimiento; de seguida otra oleada de muchachas, y otra.....

Después pasa una vieja refunfuona, que sin saludar, apea el canasto de un árbol, donde lo había dejado la tarde anterior, y se retira á coger murmurando por entre las hileras de cafetos:

—Dianches las potrancas tan mal dotrinadas y vagamundas.....!

En medio del alboroto de preguntas y respuestas, negativas y afirmaciones, sólo se oye:

—Ap!... qué pelada mi calle.

—Qué agobiadita la mía.

—Ufff, que ranchuda la que me toca.

—Qué manualita la que me dejaron.

Los cafetos redondos y pequeños tienen mucho de comparación con la cogedora que dice esto último: así llenos de vida y con sus hojas en rollo, como ella con su pelo color de café negro amontonado en la cabeza.

Los jóvenes han colgado sus chaquetas y las campesinas amarrándose fuertemente el canasto á la cintura; unos empiezan á tirar del granado varejón y otras á desgranar cuidadosamente el rojo fruto.

Las niñitas al pie de los cafetos co-

gen con presteza las *bandolas* de grano henchido. Entre ellas hay una criatura bella, que asoma por entre las hojas, su cara ovalada y encerrada en aquel marco verdioscuro, dentro del cual resaltan sus ojos vivos como resaltan en un caféto cogido los granos maduros que quedan.

—No repele... zumba enojada una mujerona, al ver que su compañera se va adelante cogiéndose los *manomones*.

—No tiene cuenta andar con chiquillos, gruñe aquella, pues el rapazuelo que la ayuda, lejos de coger *bandolas* se sube á los *copetes*.

—Oh rancho! exclama ésta doblando en vano una rama de un nudoso caféto que estira sus varejones desnudos á modo de garfios.

En el extremo del cercado se ven dos viejas, una de las cuales saca del seno su caja de fósforos y busca por entre el pelo ó detrás de la oreja la colilla del cigarro. Se arrima luego un hombre todo encogido, con las rodillas sucias de barro: viene de juntar dos calles, pues lo han *encebrado*.

—Ya nos morimos de debilidad, patrón, ya dieron las nueve, espáchenos, dicen con alborozo las cogedoras, cuando tienen cerca á un señor alto, con sombrero de corcho y grandes botas.

El ruido de un cuerno es el aviso de retirada. Muchas sin deshojar el café lo ponen al tronco de los árboles; otras tronchan con los dedos hojas de plátano y tendiéndolas por el suelo se reparten con felicidad envidiable su *cafétero* almuerzo.

II

LA FRESCA

Ha pasado la hora del bochorno; ese trecho del día en el cual se siente por todas partes un calor que achi-

charra; en el que reina un silencio, interrumpido tan sólo por el ganado bramando de sed en la dehesa y por las cogedoras pidiendo á gritos el agua ó la naranja; en que más de dos beatas egoistas se cruzan á hurtadillos diálogos como este: "Bebé, niña, á la carrera; derrepente nos piden el calabazo de agua; ¡un cuerno, pudiendo porque no tren!"; en que los pájaros se ponen dormilones al abrigo de las enramadas; en que las muchachas se tienden perezosamente sobre los *lomillos* y "las preferidas" se marean con los insinuantes requiebros, que entre puntos suspensivos y admiraciones las regala el hijo del *patrón*; en que las niñitas agujerean el tallo de los guineos y chupan con sus labios secos la sabia que salta por la abertura; en que los hermanos mayores mecen al *nene* en hamacas hechas de frazadas y puestas de tronco á tronco.

Las brisas, encontrándose por todos lados y como jugando un "quedó" por entre las matas, hacen ya más fresca la temperatura y los rústicos se muestran más despiertos. Al principio densa neblina se corre por las lomas; bien pronto se deja venir un *pelillo de gato* rozando los árboles, luego una ligera garúa y de seguida un chaparrón con viento.

El mandador, poniendo de caféto á caféto unas varillas y encima unas hojas, forma un *rancho* improvisado. Algunas con la enagua mojada entre los muslos fuman el cigarrillo y varias cubiertas con sacos se van corre que te corre para la casa vecina.

El chubasco sigue y el rancho al impulso de los Nortes se cae. Baten los *yigüirros* con regocijo la alas, y brincando del suelo á las hojas flexibles, se balancean cantando como nunca; bandadas de cenizales sorprendidos por las cogedoras se alzan ondulat-

do por el aire, como alegres del festín que se tienen en los racimos maduros.

Concluye por fin la lluvia y los cafetos, mecidos por el viento, sacuden de sus hojas las últimas gotas.

Las campesinas quieren dar una broma á un garrido mozo que ha llegado en la mañana.

Es un machito ajustado á nuestros costumbres y trabajos que pretende á Lugarda. Esta más de una vez ha dicho:—Yo con un concho de aquí no me caso; de hacerlo sería con un muchacho de San José.

El machito con todo y su apariencia de aldeano, está para Lugarda á pedir de boca. Una se dispone, pues, á cantar una cuarteta que le caía al extranjero como anillo al dedo, y dijo:

No tenamores mi niña
de mosquito forastero,
porquen volviendo l'espalda
si te vide no miacuerdo.

Celebrado esto con risas y miradas maliciosas, pregunta el machito colorado cómo una pitahaya:

—Qué es eso de mosquito fogastero?

—Mosquito forastero..... mosquito forastero— repitió la más briosa— quiere decir uno de "allá abajo", pos Diuropa como usté.

Se rió el joven de la ocurrencia y Lugarda, enarcando las cejas, entró en defensa de su novio.

—Quien tenga caféé que lo traiga, voceó el mandador á lo lejos.

Esa tarde es la del abono y deben retirarse más temprano que de costumbre.

Entre oscuro y claro se escurre por entre los cafetos una mujer viuda, cuyo marido ha muerto de una borrachera, con el pecho hundido, con harapos por toda vestidura, chamuscado el pelo, con un niño abotagado y panzudo, ambos trasunto fiel de esa miseria campesina que mueve á compasión: rejunta palos de café y chamarasca. De pronto echa á andar de un salto y mirando hacia atrás, dice:

—En este cerco asustan y salen el tulumuco y las almas en pena.

JOAQUÍN GARCIA MONGE.

O T E L O

A qué abismo tan hondo he descendido!
Todo es siniestro, pavoroso y frío;
Sólo queda en mi pecho adolorido
La soledad inmensa del vacío.

Ya no tiene mi espíritu consuelos!
Murió la blanca luz de mis amores.
Ay! qué negra es la noche de los celos!
Negra como mi tez y mis dolores!!

Me asaltan las tristezas de la vida
Y huye azorada la apacible calma.

Se abre en mi corazón sangrienta herida
Que recibe las lágrimas del alma!

Ven, Desdémona.....acércate; mi ojos
Quieren mirar tu cándido semblante,
¡Qué encendidos están tus labios rojos!
¡Cómo abrasan los besos de un amante!

Hay mucha luz en tu mirada hermosa,
En tu acento hay almíbar y veneno.
Como duerme el gusano entre la rosa,
Se oculta la traición entre tu seno!

¿Por qué tiembla tu voz? Dí que eres casta!
Jura por Dios que te hallas inocente.....!
Mira.....! tú eres culpable... basta! basta!
Hay un negro borrón sobre tu frente!

Cómo me duele el corazón...! Palpita
Y son crueles punzadas sus latidos,
Y en esa angustia bárbara se agita
Tempestad de sollozos y rugidos.

Cuánto te amé, sencilla y soñadora
Te acarició mi corazón hoy muerto,
Como arrulla á la palma cimbradora
El soplo abrasador en el desierto!

Ambicioné tu amor. Viví soñando
Porque el ensueño los abismos salva...!
Soñé verme á tus plantas, semejando
La noche de rodillas ante el alba!

Hoy todo terminó; se ha hundido todo
Y no brilla mi estrella rutilante,
Tu blanco traje salpicó de lodo
La ardorosa caricia de un amante!

Hoy ya no puedo amar; sin esperanza
Miro mi amor que en el abismo flota.....
Yo saciaré la sed de mi venganza
Apurando tu sangre gota á gota!

¿Por qué te conocí? ¿Por qué te arroja
La suerte caprichosa en mi camino?
Yo soy la tempestad y tú la hoja
Que arrastraré en mi rauda torbellino!

Véte, déjame en paz con mi agonía;
 El dolor me devora; estoy maldito!
 Soy la noche que lucha con el día,
 Soy la sombra que cubre el infinito!

Véte, no puedo amarte, eres perjura;
 Tal vez tu crimen expiarás mañana.
 Yo estamparé sobre tu frente impura
 una infame palabra: Cortesana!

.....

Qué bien finges llorar! Oh! fementida!
 ¿Quién á mi pecho volverá la calma?
 ¿Quién curará mi dolorosa herida?
 ¿Quién secará las lágrimas de mi alma?

EDUARDO ECHEVERRIA.

LAS ESTRELLAS

RELACION DE UN PASTOR PROVENZAL

En tiempo que yo cuidaba el ganado sobre el Luberon, permanecía semanas enteras sin ver alma viviente, solo entre los pastos con mi perro Labri y mis ovejas. De vez en cuando el ermitaño del Monte del Ure pasaba por allí buscando hierbas, ó bien apercibía el negro rostro de algún carbonero del Piamonte; pero eran gentes sencillas, silenciosas á fuerza de vivir en la soledad, que habían perdido el gusto de hablar y que no sabían nada de lo que se decía allí abajo en los pueblos y ciudades. Así que, cada quince días, cuando yo oía las campanillas del mulo de nuestro cortijo que me trae las provisiones de la quincena, por el camino que sube, y veía aparecer poco á poco por encima de la costa, la cabeza despierta del mozo, ó la cofia roja de la tía Norade, me consideraba muy dichoso. Hacía que me contaran las novedades del país de allá abajo, los bautizos, los matrimonios; pero lo que me interesaba sobre todo, era saber cómo estaba la hija de mis amos, nuestra señorita Estefanía, la más bonita en diez leguas á la redonda. Sin manifestar que tenía dema-

siado interés en ello, me informaba de si iba mucho á las fiestas, á las veladas, si le salían nuevos galanes; y á los que me preguntan qué podían interesarme aquellas cosas, á mí, pobre pastor, responderé que yo tenía veinte años y que aquella Estefanía era lo más bello que yo había visto en mi vida.

Mas, un domingo que yo esperaba los víveres de la quincena, sucedió que llegaron muy tarde. Por la mañana decía para mí: "La falta es de la misa mayor"; después, á eso de las doce, vino una gran tempestad, y yo supuse que la mula no había podido ponerse en marcha á causa del mal estado de los caminos. Al fin, á eso de las tres, habiéndose despejado el cielo, la montaña reluciente de agua y de sol, sentí entre el goteo de las hojas y el desbordamiento de los hinchados arroyos, las campanillas de la mula, tan alegres, tan simpáticas como un repique de campanas en día de Pascuas. Pero no era el mandadero, ni la vieja Norade quien la conducía. Era.....¿adivinen quién? ¡nuestra señorita, hijos míos! Nuestra señorita en persona, sentada entre las canastas de mimbre, sonrosada y fresca á causa del aire de las montañas y del aire refrescante de la tempestad.

El muchacho estaba enfermo, la tía Norade de vacaciones en casa de sus hijos. La bella Estefanía me dijo todo aquello apeándose de su mula, y también que llegaba tarde porque se había

perdido en el camino; pero al verla tan endomingada, con su cinta de flores, y su elegante falda y sus encajes, tenía más bien trazas de haberse retardado en algún baile que de haber buscado su camino entr: los matorrales. ¡Oh! ¡Qué graciosa criatura! Mis ojos no se cansaban de mirarla! Es verdad que yo no la había visto jamás tan de cerca. Algunas veces en invierno, cuando los rebaños bajaban al llano y al caer el sol me retiraba á la alquería para cenar, ella atravesaba rápidamente la sala, sin hablar apenas á los criados, siempre engalanada y algo altiva..... Y ahora la veía allí, delante de mí, por mi causa; ¿no era para perder la cabeza?

Cuando hubo sacado las provisiones de la canasta, Estefanía se puso á mirar con curiosidad á su alrededor. Levantando un poco su bella falda del domingo que hubiera podido ensuciarse, entró en la choza; quiso ver el rincón donde yo me acostaba, el jergón de paja con la piel de carnero, mi grande capa colgada en la pared, mi cayado, mi fusil de piedra. Todo aquello la divertía.

—¿Con que es aquí donde vives, mi pobre pastor? ¡Cómo debes aburrirte aquí, siempre solo! ¿Qué haces? ¿En qué piensas?.....

Yo tenía deseos de contestar: "En usted, ama mía", y no hubiera mentido; pero mi turbación era tan grande que no encontraba palabras. Yo creo que se percibió de ello, y que la pícara

se complacía en aumentarla con sus maliciosas preguntas.

—Y tu novia, pastor, ¿no sube á verte algunas veces? Debe ser seguramente la cabra dorada ó aquella encantadora Esterelle que siempre anda por la cima de las montañas.

Ella misma, al hablarme así, parecía la encantadora Esterelle, con su linda sonrisa, su cabeza echada hacia atrás y su apuro por marcharse, que hacía de su visita una aparición.

—Adios, pastor.

—Salud, ama mía.

Y se marchó, llevando sus canastas vacías.

Quando desapareció en el pendiente sendero, me parecía que las piedras, rodando bajo los cascos de la mula me caían una á una sobre el corazón. Las oí largo tiempo, y hasta el fin del día quedé como embozado, no osando moverme por no despertar de mi embeleso.

Al obscurecer, cuando el fondo de los valles comenzaba á ponerse azul y las ovejas se agrupaban balando una contra otra para entrar en la choza, oí que me llamaban desde la cuesta, y ví aparecer á nuestra señorita, no ya risueña como hacía poco, sino temblando de frío, de miedo, de humedad. Parece que abajo, en la costa, había encontrado el río Sorgue crecido, y que tratándolo de pasar á todo trance, estuvo á punto de ahogarse. Lo terrible es que á aquella hora de la noche no había que pensar en volver á la alquería, porque nues-

tra señorita no hubiera podido encontrar el camino para atravesarlo, yendo completamente sola, y yo no podía abandonar el rebaño. Esta idea de pasar la noche en la montaña la atormentaba mucho, sobre todo á causa de la inquietud de los suyos. Yo la calmé lo mejor que pude:

—En julio las noches son cortas, ama mía..... Es cosa de aguardar un momento.

Y encendí un gran fuego para secar sus pies y su falda mojada por completo con el agua del Sorgue. En seguida la llevé leche y queso; pero la pobrecita no pensaba ni en calentarse, ni en comer, y al ver los lagrimones que se asomaban á sus ojos, me dió ganas de llorar también.

Sin embargo, la noche había cerrado por completo. En la cresta de las montañas no quedaba más que un polvillo de sol, una ténue claridad del lado del Poniente. Quise que nuestra señorita entrase á reposar en la choza. Extendí sobre la paja fresca una hermosa piel nueva, le dí las buenas noches, y me fuí á sentar fuera, delante de la puerta. Bien sabe Dios, que á pesar del fuego amoroso que me quemaba la sangre, no ocurrióseme ningún mal pensamiento; nada más que un gran orgullo al pensar que en un rincón de la choza, muy cerca del curioso rebaño que la miraba dormir, la hija de mis amos—como una oveja más preciosa y más blanca que todas las otras—reposaba, confiada á mi guardia. Jamás el cielo me había parecido

tan profundo, las estrellas tan brillantes.....

De repente la portezuela de la choza se abrió y apareció la bella Estefanía. No podía dormir. Las bestias hacían crujir la paja al moverse, ó balaban en sus sueños. Prefería estar cerca del fuego. Viendo aquello, le puse mi piel de cabrito sobre los hombros, activé la llama, y permanecemos sentados juntos sin hablar. Si habéis pasado alguna vez la noche á la luna, sabréis que á la hora en que nos dormimos, un mundo misterioso surge en la soledad y el silencio. Entonces las fuentes cantan más claro, los estanques encienden llamitas. Todos los espíritus de la montaña van y vienen libremente; y hay en el aire rozamientos, ruidos imperceptibles, como si sintiéramos crecer las ramas, nacer la yerba. El día es la vida de los seres; pero la noche es la vida de las cosas. Cuando no se está acostumbrado á ello se siente miedo..... Así nuestra señorita estaba temblorosa y se me acercaba al menor ruido. Una vez, un grito prolongado, melancólico, partió del estanque que relucía más bajo y subió hacia nosotros ondulando. En el mismo acto una hermosa estrella errante se deslizó por encima de nuestras cabezas en la misma dirección, como si aquel lamento que acabábamos de oír llevase una luz con él.

—¿Qué es eso? — me preguntó Estefanía en voz baja.

—Una alma que entra en el paraíso, ama;—é hice la señal de la cruz.

Ella se persignó también, y que dó un momento con la cabeza levantada, muy recogida. Después me dijo:

—¿Es verdad, amigo, que vosotros los pastores, sois brujos?

—Absolutamente no, señorita. Pero aquí vivimos más cerca de las estrellas, y sabemos lo que allí pasa, mejor que las gentes de la llanura.

Ella miraba siempre á lo alto con la cabeza apoyada en la mano, envuelta en la piel de cordero como un pastorcillo celeste.

—¡Cuántas hay! ¡Qué hermoso es esto! Nunca había visto tantas..... ¿Sabes sus nombres, pastor?

—Sí, ama..... Mire usted justamente encima de nosotros, ese es el *Camino de Santiago* (la vía láctea). Va derecho de Francia á España. Fue Santiago de Galicia quien lo trazó para enseñar la ruta al bravo Carlomagno cuando hacía la guerra á los sarracenos (1). Más lejos, tiene usted el *Carro de las almas* (la Osa mayor) con sus cuatro ruedas resplandecientes. Las estrellas que van delante son las *Tres bestias*, y aquella pequeña frente á la tercera es el *Carretero*. ¿Ve usted en derredor aquella lluvia de estrellas que cae? Son las almas que Dios no quiere admitir en su seno. Un poco más bajo, vea usted el *Rastrillo* ó los *Tres reyes* (Orion). Ese es el que

(1) Todas estos detalles de astronomía popular están traducidos del *Almanaque Provenzal* que se publica en Avignon.

á nosotros nos sirve de reloj. Sólo con mirarlo sé ahora que son más de las doce. Un poco más abajo, siempre hacia el Sur brilla Juan de Milán, la antorcha de los astros (Sirio). Oiga usted lo que acerca de esta estrella cuentan los pastores. Parece que una noche Juan de Milán, con los *Tres reyes* y la *Pliyada*, fueron invitados á la boda de una estrella amiga de ellos. La *Pliyada*, más precisada, partió, según dicen, la primera, y tomó el camino alto. Mire usted allá, allá arriba, en el fondo del cielo. Los *Tres reyes* tomaron el atajo y la alcanzaron; mas el perverso *Juan de Milán*, que había dormido hasta muy tarde, quedó muy atrás; y furioso, para detenerles, les arrojó su bastón. Por eso los *Tres reyes* se llaman también el *Bastón de Juan de Milán*..... Pero la más bella de todas las estrellas, ama, es la nuestra, la *Estrella del pastor*, que nos alumbraba al alba cuando sacamos el rebaño, y á la caída de la tarde cuando volvemos. La llamamos todavía, *Maguelona*, la bella *Maguelona*, que corre detrás

de Pedro de Provenza (Saturno) y se casa como él cada siete años.

—¡Cómo pastor! ¿Hay, pues, casamientos entre las estrellas?

—Sí, ama.

Y cuando trataba de explicarla lo que eran aquellos casamientos, sentí algo fresco y delicado posarse suavemente sobre mi hombro. Era su cabeza dominada de sueño que se apoyaba contra mí con un ligero rozamiento de cintas, encajes y de ondulados cabellos. Así permanecía sin moverse, hasta el momento en que los astros del cielo palidieron, disipados por el día que llegaba. Yo la miraba dormir, algo turbado en el fondo de mi sér, pero santamente protegido por aquella noche clara que jamás me ha inspirado más que buenos pensamientos. A nuestro alrededor, las estrellas continuaban su marcha silenciosa, dóciles como un gran rebaño, y por momentos me imaginaba que una de aquellas estrellas, la más fina, la más brillante, habiendo perdido su ruta, venía á colocarse sobre mi hombro para dormir.

ALFONSO DAUDET.

CUESTIÓN DE CORREO

Un joven amigo mío,
que es un poeta llorón,
sufrió de Inés el desvío
yo no sé por qué razón.
Y al ver su negra fortuna,
llorando de amor los daños,

fué á contar á la luna
sus acerbos desengaños.
"¡Escucha! ¡Oh, luna adorada!
—el pobre chico decía:—
¡dile por Dios, á mi amada,
lo que siente el alma mía!

¡Dile cuánto es mi sufrir!
 ¡Dile cuánto es mi dolor!
 Y que me voy á morir
 si no responde á mi amor"
 Creyó el pobre ¡qué tontuna!
 qué á Inés se lo contaría,
 y hasta la fecha, la luna
 no dijo esta boca es mía.
 Viendo con honda aflicción,
 que la dama de sus sueños
 no daba contestación
 á sus amantes empeños,
 el triste vate ¡oh, locura!
 fuése á contar sus amores
 al céfiro que murmura
 entre las pintadas flores.
 —"Vuela ¡oh, céfiro! exclamó,
 á besar sus blondos rizos.
 y dile á mi Inés, que yo
 me muero por sus hechizos.
 "¡Dile que el desdén me mata,
 que sufro horrible tortura,
 y pide á esa bella ingrata
 que calme mi desventura!"
 Pero ¡ay! Inés ignoró
 de su amante el padecer,
 pues el céfiro le oyó
 como quien oye llover.

Sin atender á razones,
 tercera vez desatina
 contando sus aflicciones
 á una veloz golondrina.
 Y hubo aquello de: "¡Sus galas
 muéstrale á Ines, por favor,
 y llévale entre tus alas
 el suspiro de mi amor!
 "Vuela á fabricar tu nido
 encima de su ventana,
 y dile cuánto he sufrido
 Por ser con mi amor tirana!"
 Pero ¡ay, desgraciado amante!

la golondrina ligera,
 huyó del pueblo al instante
 sin despedirse siquiera.

Triste el poeta quedó,
 y en su afán siempre intranquilo
 cien mensajeros buscó
 todos por el mismo estilo.
 Por fin, un día le habló
 queriendo saber su mal.
 —¿Qué tal de amor? ¡No lo sé!
 —¿Oyó tus quejas?—¡No ta!
 —¿Y aún la quieres?—¡Ya lo ves!
 —¡Eres terco y me encorras!
 Si tú descas que Inés
 llegue á saber que la adoras,
 escucha bien mis razones,
 porque te conviene oirlas;
 no des esas comisiones
 á quien no sabe cumplirlas.
 Cesa en tu necia rutina;
 no hagas petición ninguna
 á la veloz golondrina,
 ni al céfiro, ni á la luna.
 Pues yo, francamente creo
 que fuera mucho mejor,
 dar ese encargo al correo,
 y, si acaso al aguador.

Mi amigo el consejo oyó,
 y poco tiempo después,
 á una carta que escribió
 grata respuesta dió Inés.
 ¡Ya pueden cantar albricias!
 ¡Ya satisfechos están!
 Y según ciertas noticias
 muy pronto se casarán.
 Si él no sigue mi consejo
 y no le escribe á su amada,
 ¡se hubiera muerto de viejo
 sin que ella supiese nada!

La Vida por un beso

TENIA yo veintitrés años, una figura agradable y bastante dinero á mano.

Con estas condiciones pasaba la vida dulcemente.

Una madre cariñosa y tres hermanas constituían toda mi familia.

Entre las muchas amigas que frecuentaban mi casa se distinguía por su belleza una joven rubia, de ojos azules, alegre y vivaracha, que con sus infinitas monadas y coqueterías logró bien pronto trastornarme el seso.

Por qué no confesarlo ?

Amelia se apoderó de mi voluntad de un modo tal que pasé de la vida de hombre libre á la de esclavo sumiso y obediente.

Bien es verdad que una sola sonrisa de sus labios llenaba mi alma de alegría.

En cambio su prima Estrella parecía un poste.

Pálida, esbelta, sin expresión en su rostro y siempre con la vista fija en el suelo.

Nunca pude saber qué color tenían sus ojos, ni cuál era el timbre de su voz.

Su vista me ponía nervioso, y llegó á serme completamente repulsiva á las pocas veces que estuvo en mi casa.

Mis relaciones con Amelia marchaban viento en popa, y, quieras que no quieras, tuve que empeñar por fin mi palabra de casamiento.

Mi pobre madre, que no deseaba otra cosa que mi felicidad, acogió con alegría aquella boda, que colmaba todos sus deseos.

Mi futura no poseía bienes de fortu-

na; pero yo tenía de sobra para los dos.

La víspera del día señalado para consumir el sacrificio, no sé si por emoción en tales casos, empecé á sentir un extraño decaimiento en todo mi sér.

A la vuelta del paseo, un fuerte dolor de cabeza se apoderó de mí, siendo vanos cuantos esfuerzos hice por librarme de tan raro malestar.

Recuerdo que estando al lado de Amelia sentí de repente un desfallecimiento, y caí al suelo.

.....

Quando recobré mis sentidos estaba tendido sobre mi cama y rodeado de mi familia.

Una ansiedad terrible se retrataba en mi semblante, y parecía como si esperase, con afán, alguna importante respuesta de un señor muy grave que estaba mirándome con marcada insistencia.

Dicho señor supuse que sería el médico.

Yo veía y oía perfectamente cuanto pasaba á mi derredor; pero todo mi cuerpo estaba como si fuera de mármol, sin poder en absoluto hacer ninguna clase de movimiento.

Quise hablar, y no pude.

Ninguna parte de mi cuerpo obedecía á mi voluntad, y un frío extraño me penetraba hasta los huesos.

El médico, después de un momento de observación, me tomó el pulso, entreabrió con sus dedos mis párpados, aproximó á mis labios un espejo y volviendo hacia mi madre y mis hermanas dijo con tono sepulcral:

—Este es un asunto concluido: está muerto!

Un miedo terrible invadió todo mi ser al escuchar aquellas fatídicas palabras, y aún recuerdo con horror tan triste escena.

A mi pobre madre la sacaron de allí mis tres hermanas.

Pocos momentos después volvieron á entrar y me vistieron para colocarme en la caja, con increíble presencia de ánimo, pero olvidándose de cerrar mis ojos.

Fueron infructuosos cuantos medios discurrí en tan duro trance para hacer comprender á los que me rodeaban que aún vivía en este mundo, pues mi cuerpo estaba más pesado que una loza sepulcral.

Después que salieron mis hermanas y quedé metido en el ataúd entre cuatro blandones penetró en la habitación mi bella prometida con su prima; me miró con semblante indiferente, y cuando Estrella le dijo:

—No te despidas de él?

Contestó aquella mujer ingrata:

“¿Para qué? Si aparenté quererle, fue porque tenía dinero y nada más. Mi corazón no era suyo!”

Si en aquel momento me hubiera podido volver, la estrangulo de seguro. ¿Qué desengaño tan cruel! ¿Bien pensaba quien dijo que la muerte es maestra de la verdad!

Estrella se quedó para velarme aquella noche, durante largo rato arrodillada, rezando con fervor, sin duda por mi salvación. A pesar del estado angustioso en que me hallaba, no pude menos de sorprenderme al contemplar cómo resbalaban silenciosas las lágrimas por el rostro de aquella mujer, que yo había tenido siempre por tan insensible y fría.

El dolor había transfigurado su semblante y aquellos ojos que me miraban tan fijos, y que antes nunca pude ver-

los frente á frente, eran grandes, hermosos y negros como la noche.

Cuando Estrella terminó su oración se acercó hacia mí y exclamó con voz entrecortada por el llanto:

—“Nadie en esta casa supo amarte como yo: ni siquiera esa mujer de hielo que te mentía su cariño. Ahora que no puedo avergonzarme te diré mil veces que te amé con toda mi alma”.

Y acercando sus labios á mi frente, selló su inocente confusión con un beso prolongado.

Un estremecimiento extraño conmovió todo mi cuerpo al sentir el suavísimo calor de aquella boca: movimiento que aunque casi imperceptible, fue notado por aquel ángel salvador.

Separó su rostro del mío, me miró fijamente, puso la mano sobre mi corazón y sus ojos se iluminaron con los dulces resplandores de la esperanza.

En seguida salió de la habitación volviendo después de un largo rato con el médico, que tras de un maduro examen declaró que mi corazón latía.

Me sacaron de mi ataúd, y después de quince días de infinitos cuidados y precauciones lograron devolver á todas las partes de mi cuerpo la vida y el movimiento.

¿Qué placer tan inmenso para mi madre y mis hermanas!

¿Pobre Estrella, qué alma tan noble la suya!

Ni una sola vez volvió á levantar sus ojos delante de mí, á dirigirme la palabra. Solamente un día se atrevió á entregarme una carta de Amelia, en que ésta me pedía explicaciones por el desvío que le demostraba. Cogí la carta y al final de aquella carta escribí la siguiente contestación:

“El amor no termina en esta vida.

“Mi cariño será todo para la única mujer que supo amarme más allá de la muerte”. Y alargando la carta se la dí á leer á Estrella.

Cuando pasó su mirada por aquellos renglones, bajó los ojos como siempre; pero asomaron á sus frescas mejillas los sonrosados tintes de la aurora. Una dulce sonrisa se dibujo en sus labios, abandonó su mano derecha entre las mías, y dejó que la cubriera de apasionados besos.

Al cabo de dos meses, fue Estrella mi mujer.

Muchos años han pasado desde entonces, pero cada día soy más feliz:

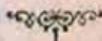
¡ Bendito amor el suyo, que creció cual las violetas, ignorado, pero inundó mi alma con sus perfumes deliciosos !

GUY DE MAUPASSANT.

TEMPESTAD

Le dijo el ancho Cielo al mar profundo:
 Tú me quieres vencer, monstruo de cieno
 á castigarte voy; y en un segundo
 se armó del rayo y se lo hundió en el seno
 á aquel titán que tiembla sobre el mundo:
 Retorcióse en su cárcel de granito
 el fiero monstruo, y con violencia rara,
 encrespando sus olas, lanzó un grito
 y con su espuma le escupió la cara,
 la inmensa cara al piélagos infinito.
 Comprendiendo el inmenso cataclismo,
 el huracán despezó sus alas
 y convencido de su orgullo mismo
 le dijo al mar: En furias no me igualas;
 y azotó las espaldas del abismo.
 Con agria y estruendosa gritería,
 en inmensa cascada las gaviotas
 se alzaron raudas de la mar bravía,
 y con sus alas, por la lluvia rotas,
 emblanquecieron la región vacía.
 Rugido arriba, abajo tronamenta,
 negrura arriba, lobreguez abajo,
 rayo que hiere, tumbo que revienta:
 Oh! qué horrible y qué hermosa es la tormenta
 entre el Cielo y el mar: lo alto y lo bajo.

JULIO FLOREZ.



LA BUENA FE

CUENTO ORIGINAL

Lo refieren celestes crónicas.

El Creador, condolido de la suerte de los mortales, manda la "Buena fe", á la Tierra.

Gran novedad causa aquí, especialmente entre las mujeres, la llegada de la "Buena fe", dama de quien ni los Matusalenes habían oído hablar.

¡Qué cambio! ¡Como si la Tierra acabara de salir de las manos del Creador!

Durante algún tiempo la "Buena fe" es objeto de la adoración de los hombres: sólo uno que otro usurero protestaba en silencio contra ella: Pero de repente desaparece, sin saberse cómo.

—¡Se perdió la Buena fe!—gritaban las mujeres,—y la culpa la tienen las autoridades.

—No, dicen éstas:—los abogados.

—Los usureros—hablan los abogados.

Los usureros les echan el muerto encima á los sastres, los sastres á los curas, los curas á todos.

Y volvemos á las andadas.

Lo que es visto por el Creador, y el Creador determina poner remedio al mal, y un ángel sale del Cielo para la Tierra en busca de la Buena fe.

—Que venga á mi presencia—

dice el Creador—quiero que explique su conducta.

Y el ángel por más que pregunta y escudriña, no da con la Buena fe.

Un político le responde:

—A la verdad que mucho hablamos de ella; pero eso es todo.

Un sastre:

—No conozco ese paño.

Un juez:

—¿ En qué se ocupa esa señora? ¿ Pudiera saberse su domicilio?

Un cura:

—Jamás la he confesado.

Un médico:

—Si existe debe ser en el cementerio.

Un abogado:

—Voy á consultarlo.

Un historiador:

—¿ La Buena fe?

—Sí; ¿ no la tienen siempre en los labios?

—¡ Ah! Ya lo había olvidado. La Buena fe, amigo, es simplemente la historia.

Entonces el ángel, triste, regresa al cielo.

—¿ Y la Buena fe?—le preguntó el Creador.

—No está por todo eso—contestó el ángel.

—Si está—replica el Creador,—pero perdida. Vuelve otra vez á

la Tierra, y no te presentes á mí que por muchos siglos ese ángel
sin la Buena fe. | andará buscando inútilmente la

Y refieren las mismas crónicas Buena fe.

N.

ODIO Y AMOR

Aborrezco á todo el mundo en mi amor, un sentimiento confuso
masa, y en todo este montón y general que desea cifrarse en algo
y no puede conseguirlo. Tengo dentro de mí un tesoro de odio y amor del cual no sé qué hacer y que me pesa horriblemente. Si no puedo desahogarme de uno ó de otro, ó de ambos á la vez, reventaré seguramente como esos sacos llenos de dinero que se descosen ó se destripan. ¡Oh! Si pudiera aborrecer á alguien; si uno de esos hombres estúpidos entre quienes vivo llegara á insultarme de modo que pudiera hacer hervir en mis venas heladas mi vieja sangre de víbora, haciéndome salir de esta vaga somnolencia en que me encuentro!

TEÓFILO GAUTIER.

LECCION GRAMATICAL

Quiso cierto coronel con plausible pensamiento que todo su regimiento se ilustrase en el cuartel, y los sargentos nombrados quedaron sin escepción

para dar diaria lección instructiva á los soldados.

No fue tentativa vana y, en cuanto supieron leer, empezaron á aprender gramática castellana.

Un sargejto, perro dogo
 en cara y en intenciones
 y por sus explicaciones
 más perro que pedagogo,
 de esta manera decía
 muy serio, en cierta ocasión
 á la sumisa reunión
 de valientes que instruía :
 —“Muchachos, voy á explicá
 lo que es nombre surtantivo;
 es nombre.....hablando á lo vivo,
 tóo lo que se puée tocá.
 Er pelo, er cúti, la boca
 los zapatos, los carsones,
 er sable, las municiones,
 por fin, tóo lo que se toca.”

Miró después á su gente
 y fijándose en un quinto
 andaluz, dijo:—“Tú, Pinto,
 á ver, dos pasos al frente.

Ahora te voy á poné
 un ejemplo descriptivo,
 pa que er nombre surtantivo
 digas en arto, cual é.
 Mucho tino y ojo al cuento:
Se quema una casa en Cái.
 ¿Cuál es er nombre?

—Ahí no hay
 surtantivo, mi sargento.
 —“¿Cómo que nó?”

—“Claro está”-
 —“¿Que no hay surtantivo?”

—“No.”
 —“¡Y que pierda el tiempo yo
 estruyéndote, animá!”
 —“Pero, por vía de San Roque,
 replica el quinto con flema,
 pus si la casa se quema
 ¿cómo quiece usted que la toque?”

JAVIER DE BURGOS.

EL DIVORCIO

Cuando yo me ví con mi título
 de abogado en toda regla, pensé
 volverme loco de felicidad.

—No salgas á la calle con ese
 hongo—me decía mi madre.—
 Ponte el sombrero de copa, que
 ya eres abogado y no está bien
 que te confundan con un tran-
 seunte cualquiera.

—Sí Manolo—añadió mi padre.
 —Tienes que vestir como corres-
 ponde á tu nueva condición so-
 cial.

¡Nada de bromas en el café ni
 de hacer el amor á las modistas,
 ni de pararte en las columnas
 minjitorias!

Cuando tengas un apuro, mé-

tete en un portal donde nadie te
 vea.....

El caso fue que toda mi familia
 me prodigaba enhorabuenas y
 me hacía objeto de sus elogios.
 Un hermano de mi madre me re-
 galó una escribanía de plata fi-
 gurando un besugo con el tinte-
 ro en el vientre; otro de mis tíos
 me trajo un ejemplar del Diccio-
 nario de Alcubilla, encuadernado
 con tela verde, con mis iniciales
 en el lomo, y una tía mía por
 parte de madre, me obsequió con
 un gorro turco, bordado con se-
 da de colores, y un limpia plu-
 mas que representaba un perrito,
 de paño negro, con los ojos de

crystal y el hocico de lacre encarnado.

Pronto tuve un despacho magnífico; con mi mesa de roble imitación pinabete, mi librería repleta de volúmenes, y mi buen enredón de felpa para los pies.

Pero los pleitos.....

Los pleitos no parecían por ninguna parte.

Aun no te conoce el país—me decía mi madre.—En cuanto sepa el público que has abierto bufete, ya verás cómo acuden los litigantes.

—No estaría demás—añadió mi padre—que te hicieras amigo de los periodistas para que te pongan un suelto, como cosa suya, diciendo que te has establecido y que eras el ojo derecho del profesor.

Una mañana.....¡cada vez que me acuerdo!.....Una mañana entró en mi despacho la señora de Gatín, vestida de negro, con los ojos hinchados y la faz demudada por el dolor.

—Le necesito á Ud.—me dijo solemnemente,—Sólo usted puede salvarme,

—¿Qué ocurre?

—Quiero pedir el divorcio lo antes posible, y le nombro á usted mi abogado.

—Pero.....

—Mi esposo es un pillo, que me maltrata y me escarnece. Ayer por la noche estuvo comiendo chorizo asado y calamares en la viña P.

—¿Con una dama?

—No, señor, con tinta.

—Eso no tiene nada de particular.

—¿Cómo que nó? Desde la viña se fue á la zarzuela, y allí le han visto hablando en secreto con la madre de un traspunte. Cuando volvió á casa le pedí cuentas de su conducta, y él, por toda respuesta, me sumergió el rostro en la palangana para refrescarme. Estoy decidida á presentar la demanda de divorcio.

Piénselo Ud. bien.....

No había medio de convencer á la señora de Gatín.

Por otra parte, la idea de que iba á ejercer la honrada profesión lisonjaba mi vanidad y me hacía el más feliz de los abogados.

Desde aquel instante comencé á estudiar con todo detenimiento, y me pasaba las horas del día y parte de la noche consultando libros y hojeando leyes.

—Manolito—me decía mi madre, presentándose en mi despacho envuelta en un peinador que parecía un sobrepelliz,—te estás matando; métete en la cama, que vas á acabar con tu salud y con el petróleo.

—Déjeme—contestaba yo.—Este es un negocio que va á darme celebridad y á abrirme las puertas del Supremo.

Todos los días se presentaba en mi despacho la señora de Gatín para saber cómo iba su asunto y para contarme horrores de su marido.

—Anoche vino á la una—decía sollozando—y lo primero que hizo fue darme en la cabeza con un

salchichón que había comprado para convidar á la criada. Tienen relaciones; no me cabe duda.

A fuerza de amontonar datos y fundamentos legales, adquirí la convicción de que era fácil conseguir el divorcio, y esta esperanza me henchía de orgullo.

Qué suerte la mía! exclamaba en el colmo de la felicidad. Voy á inaugurar mis tareas jurídicas ganando un pleito ruidoso.

—¿Cómo va eso?—me preguntaba mi padre con cierta vanidad de autor satisfecho.

—No puede ir mejor. He reunido todos los datos que necesitamos para conseguir el divorcio.

—¿Y el marido?

—El marido continúa maltratando á la infeliz cónyuge por todos los medios conocidos; hoy le pega con un salchichón; al día siguiente abraza á la criada en su presencia; al otro pretende envenenarla con polvos de Segovia.

—¿Qué horror!

—Ella está anhelando el mo-

mento de la separación, y no desiste de su empeño por nada del mundo.

Cuando todo marchaba á pedir de boca; cuando íbamos á entrar en el período de prueba y yo me disponía á recibir los plácemes del inuado entero, fuí á casa de mi defendida para ultimar ciertos informes de última hora.

Llegué á su domicilio; pregunté á la criada por la señora y fuí conducido al gabinete.....

¡Oh sorpresa! Allí, sentado en un sofá, estaba el esposo infiel, el verdugo doméstico, el hombre impuro. Sobre sus rodillas jugueteaba una mujer.

—Me quieres, chichito,—preguntaba ella.

—Ya lo sabes, chichita,—contestaba él.

De pronto ella al sentir ruido, volvió la cabeza súbitamente, y entonces pude verla el rostro.

¡Aquel rostro era el de la señora Gatín!

LUIS TABOADA.

A LA JUVENTUD REPUBLICANA DE COLOMBIA

Qué triste ha sido tu destino !.....muda
 Bajo el poder que la maldad prohija,
 De toda mancha criminal desnuda,
 Y sin que un soplo bienhechor sacuda
 La tiniebla polar que te cobija,
 Vas pasando.....aturdida, anonadada;
 Entre el tumulto vil de los histriones
 Te arrancaron la veste immaculada
 Para arrojarla al fango hecha jirones.

Por eso vas rodando hacia el abismo
De la perpetua sumisión, y apenas
Escuchas el fragor del catac'ismo,
Mientras la indignación en tu organismo
Alborota la sangre de tus venas!

¡Cómo puedes llevar la frente erguida,
Sin una sombra de baldón siquiera,
Si hoy se premia á toda alma envilecida
Que llega á penetrar en la guarida
Tenebrosa del crimen que hoy impera!

¡Cómo ante aquél que tu vigor quebranta
Puedes alzar tu acento al infinito,
Cuando hay manos que oprimen tu garganta
Para extinguir el formidable grito
De honda inquietud que tu dolor levanta!

Pero no eres culpable. Cuando todo
Lo noble se desquicia y se degrada
Para hundirse en la infamia y en el lodo,
Cuando el yugo te dobla.....¿de qué modo
Se alza del suelo la serviz hollada?

Tú has vivido muriendo; tú has vivido
Sin sacudir el ala vibradora;
Tu voz, cuando has hablado, sólo ha sido,
Al brotar de tus labios, un gemido,
Una queja sin fin.....desgarradora!

Tú, siempre valerosa y expresiva,
Odias la encrucijada y el atajo.....
Y lanzas frente á frente tu saliva
A los ineptos déspotas de arriba
Y á los espiones míseros de abajo.

Ahogada en la noche más oscura,
En la noche fatal del despotismo,
Al devorar á solas tu amargura,
Amas los resplandores de la altura
Y aborreces las sombras del abismo.

Eres noble y no cedés al halago
Pérfido y criminal del poderoso
Que siembra en todas partes el estrago;
Ni tiembles obediente ante el amago
Del que turbar pretende tu reposo.

Ay!.....las generaciones venideras

Nada sabrán de tí!.....porque abatida,
 Soñando con hermosas primaveras,
 Muriendo estás, en manos traicioneras,
 En pleno invierno al comenzar la vida—
 Pero no! Ten valor.....cuando el obscuro
 Poder que hoy te desprecia haya rodado,
 Gritarás con acento bronco y duro:
 "¡Entonemos el himno del futuro
 De pie sobre las ruinas del pasado!"

JULIO FLOREZ.

¿POR QUÉ ERA RUBIA?

(NOVELA CIPAYA)

Hay algo de sublime
 en el éxtasis de los in-
 dios.

(*El Preste Juan*).

¡Qué hermosas son las noches de la India!.....

EL LECTOR.—¿Me lo dice V., ó me lo cuenta?

¡Hombre! me lo figuro.—Yo no he estado nunca en la India; pero tengo muchos deseos de ir.—¡Bien podía el Gobierno enviarme á Filipinas sin formación de causa!—De paso vería la India.

EL LECTOR.—Dele V. motivo, y lo enviará.

¡Bien! Pero ¿qué motivo le doy? —Figúrese V. que salgo ahora á la calle cantando la *Patita*, y que el Gobierno se contenta con enviarme al Saladero.....—¿Habré logrado mi plan?—De ningún modo.—Pues figúrese V. que niego en público la infalibilidad del duque de la Victoria, y que éste me condena á ser pasado por las armas.....—¿Será esto ir á Filipinas? ¿Conseguiré así ver la India al paso, como la vió mi amigo

D. Manuel Hazañas?—¡Ah! Bendigo á Napoleón III, que deporta á todo el que no le da tratamiento de Magestad.....; Aquel es un país! ¡Allí sabe uno á qué atenerse!

EL LECTOR.—Prosiga V.

Prosigo. ¡Qué hermosas deben de ser las noches de la India!

Brillan allí los astros más que en el cielo de Europa; cielo deslustrado por el uso, que me hace el efecto de una decoración vieja de Philastre.

Y es que aquel cielo sólo ha servido para una religión, mientras que el nuestro cuenta ya lo menos diez clases de adoradores: los iberos, los griegos, los fenicios, los cartagineses, los romanos, los bárbaros, los cristianos, los mahometanos, y últimamente los espiritistas.....

EL LECTOR.—Continúe V.

Continúo.—¡Qué hermosas deben de ser las noches de la India!

Anchas bocanadas de aromas salen

del seno de aquella verdadera naturaleza, vigorosa como una pasiega primeriza; y el indolente oriental, ebrio de narcóticas escencias, se atraca de arroz á la claridad de la luna, pensando en la simbólica flor del *Loto*, ó en algo por el estilo.....

EL LECTOR.—Continúe V.

Era media noche.

Todo yacía en el silencio y en la quietud del sueño á orillas del misterioso Ganges.....

¡ Sólo el Ganges no dormía ! El río sagrado se deslizaba entre bosques de bombaxes, branganeros y jaraques [árboles que podéis ver, si se os antoja, en el Jardín Botánico de esta villa], reflejando en sus aguas la claridad postiza de la luna.

A la sombra de un árbol triste [llamado así porque sólo florece de noche], y no lejos de una *callesia*, planta que produce las flores más grandes que se conocen en el mundo, pues algunas tienen tres pies de diámetro y quince libras de peso..... [hablo con seriedad], se hallaban sentados dos jóvenes indios, no muy decorosamente vestidos que digamos, pero hermosos cuanto pueden serlo aquellos paisanos del ébano y del bambú. Sus ojos negros.....eran muy negros. [En la precipitación con que escribo, no se me ocurre nada á qué comparar su negrura]. En cambio, sus dientes eran tan blancos como los dientes más blancos que haya en el mundo.

Y aquí termina el retrato de los dos indios.

¡ Ah ! se me había olvidado decir que los dos eran machos, y que se llamaban *Nana* y *Nini*,—nombres sumamente interesantes.

—Habla, Nana.....—dijo Nini con voz afectuosa, pasando la mano por el lacio cabello de su amigo.

Es de advertir que Nini tenía también el pelo lacio.

Yo sé todas estas cosas, porque me ocupo hace algún tiempo en estudiar aquel país, para escribir una novela titulada *La madre tierra*.

Si no, no las sabría.

Pero volvamos á nuestros indios.

—Nini.....[dijo Nana]: ¿ Por qué era rubia ?

Y, después de pronunciar estas significativas palabras, quedó sumido en profunda meditación.

Lo mismo se pregunta el autor de esta novela: ¿ exactamente lo mismo !—¿ Por qué era rubia ?

—Explícate, Nana,—murmuró Nini al cabo de un momento.

—¡ Ah ! Nini.....Nini.....[profirió Nana entre sus sollozos]. Yo amo á mi esposa como la luna ama á la noche, como los pájaros al día, como el mar á la estrella de la tarde. ¡ Mila es mi alma, es mi vida, es mis ojos, es mi agua !.....—Pero ¡ ay ! ¿ Por qué es rubia ?

—¡ Repórtate, Nana ! [dijo Nini].—Tú deliras. Tu esposa no tiene nada de rubia.....Yo conozco á Mila, y puedo asegurarte que no hay ébano más negro que sus trenzas.....

—¡ Ah ! sí.....Ya se que Mila no es rubia; y por eso me casé con ella. Sus ojos son la noche; sus cabellos las sombras de la muerte.—¡ Pero yo no hablo de Mila !

—Pues ¿ de quién hablas ?

—Escucha: ¿ Recuerdas cuando, hace medio año, era yo tan feliz porque Mila se había sentido madre ?

—Sí.....Recuerdo.—Era el primer fruto de tu amor, después de tres años de matrimonio.....

—¡ Era el colmo de todos mis deseos ! ¿ Con qué afán esperé el día en que mi esposa me diese un vástago que perpetuase mi familia ! ¿ Al fin iba á tener un heredero, un sucesor, uno de esos príncipes de mi raza, cuyos negros cabellos demuestran

que no se ha mezclado con nuestra sangre la de los blancos del Norte!—Pues bien: Mila dió á luz una niña blanca, rosada, rubia como una inglesa, como una hija de nuestros opresores, de nuestros verdugos.—¡Incomprensible misterio, Nini! Si mis cabellos y los de Mila son negros como el dolor, ¿por qué no lo eran también los de nuestra hija?—¡Ah! Nini.....Nini.....¿Por qué era rubia la hija de Nana?

Un largo silencio siguió á estas palabras del príncipe sin ropa, del esposo de Mila, del padre de la rubia.

Luego continuó:

—Conociendo que me volvía loco á fuerza de pensar en cuál podía ser la causa de este inaudito fenómeno, he venido á buscarte, á fin de que tú, que eres hombre de gran inteligencia, ilumines las tinieblas de mi corazón.

Nini reflexionó durante tres horas, y luego interrogó á Nana:

—¿Se lo has preguntado á tu esposa?

—Pue lo primero que hice; pero e-

lla, tan maravillada como yo, no ve la salida de este laberinto.—Es más: á mi casa va todos los días un Capitán inglés, hombre de mucho talento, el cual nos quiere con locura y se interesa muchísimo por la felicidad de nuestra familia.—Pues bien: ¡tres días ha estado pensando en este misterio, y no le ha encontrado ninguna explicación!—Con que á ver, Nini, si tú eres más feliz, y me haces comprender cómo puede ser rubia la hija de un matrimonio de cabello negro.

—Necesito discurrir un rato, Nana[dijo Nini]. Déjame solo.

Nana se retiró, y Nini se dijo entonces á sí mismo:

—La cuestión es averiguar por qué era rubia—Pues, señor, reflexionemos:—¿Por qué era rubia?

Y, metiéndose en la boca el índice de la mano derecha, levantó la cabeza, elevó los ojos al cielo y se quedó sumido en una especie de éxtasis.

En esta postura seguía á la salida del último correo.

PEDRO ANTONIO ALARCON.

LA MUJER ADULTERA

I

Por iracunda plebe perseguida
Huye en Jerusalén al templo santo
Mujer despavorida;
Baña su faz hermosa
Desatado raudal de amargo llanto.
Es aquella mujer culpable esposa;
La ley del pueblo hebreo
A morir á pedradas la condena.
El torpe fariseo
Y el hipócrita escriba corrompido
Piden, como la turba, á grito herido
Se lleve á cabo la marcada pena.

La mísera mujer de angustia llena
 Y con ansias mortales,
 Gira en redor los suplicantes ojos,
 Mira á Cristo del templo en los umbrales
 Radiante de bondad y de dulzura,
 Y póstrase de hinojos
 Y besa de Jesús la vestidura.
 Inmóvil queda cual estatua yerta;
 Vaga en crespas madejas su cabello
 Sobre la blanca espalda, mal cubierta,
 Y su rostro sombrío
 (Para su propia desventura bello)
 Entre las manos trémulas sepulta:
 ¡Quizá un rubor tardío,
 Quizá la falta de rubor oculta!
 Entre tanto el SEÑOR sobre la arena
 Misteriosas palabras escribía,
 Y el fariseo que á la turba gufa,
 Para hablar á Jesús, silencio ordena.
 Con humildad irónica pretexto
 Sobre el suplicio horrendo consultarle;
 Pero busca sutil en su respuesta
 Causa para acusarle,
 Y así le dice:—"La mujer impura
 Que á tus piés se ha postrado,
 Sin recato y sin fé, ciega y perjura,
 El tálamo nupcial ha profanado.
 No ignorará tu enaltecida ciencia
 Que á morir la sentencia
 La sabia ley del inspirado Preste
 Que rompió nuestra dura servidumbre
 Y del Eterno oyó la voz celeste
 Del Sinaí sobre la ardiente cumbre.
 Mas tú eres el Mesías prometido;
 La voluntad de Dios tu labio anuncia
 Infalible profeta, rey ungido,
 Tus altísimas órdenes pronuncia;
 Tu fallo dinos y será cumplido.
 Cristo escribiendo en el arena sigue
 Sin levantar la pensativa frente,
 Y el fariseo á poco ya impaciente,
 Con alterada voz así prosigue:
 —"Si eres hijo de Dios, ¿cómo te arredra
 Lo que el gran Moisés dejó ordenado?"
 —"Cúmplase, dice Cristo, lo mandado,
 Pero que arroje la primera piedra
 El que esté sin pecado."

II

Todos para animarse se miraron,
 Y todos sin aliento enmudecieron,

Sus cejas se enarcaron,
 Las piedras de sus manos se cayeron
 Y en confuso tropel desaparecieron.

III

—“Nadie te acusa ya.—La airada plebe
 Que á llevarte á morir se apercibía,
 Desapareció como la bruma leve
 Al despuntar la claridad del día,
 Ya de la muerte la segur terrible
 No ves amenazando tu existencia;
 Mas oye la tremenda, inextinguible,
 Inexorable voz de tu conciencia;
 Oye del que te salva, la sentencia:
 Eres esposa y madre,
 ¿Que te brinda otro amor? males prolijos
 No vuelvas á pecar, piensa en tus hijos,
 Y hierre si te atreves á su padre.
 Torna alpreciado hogar que abandonaste,
 Del que tu infame culpa te retira;
 Píde perdón al hombre que afrontaste,
 Y su dolor inconsolable mira.
 Mírale oculto, palpitante el pecho;
 La vista tiende al solitario lecho,
 Y en él desesperado se desploma.....
 Abraza tierno al balbuciente niño,
 Lirio que el yermo de su vida aroma,
 Y el abrasado llanto del cariño,
 En sus pupilas áridas asoma,
 Viendo del inocente en el semblante
 Trasunto fiel, imágen hechicera
 Del rostro tuyo, que adoró constante,
 Y gala ayer de sus amores era,
 Hoy su dicha anegada,
 Sobre las hondas del dolor eterno
 Aún ilesa y tranquila sobrenada
 El arca santa del amor paterno.
 ¡Y quiere aborrecerte!
 Aborrecer á lo que se ha querido,
 Es desgarrarse el corazón herido
 Y vivir en las ansias de la muerte.
 Hondos gemidos lanza,
 Y si en su oprobio piensa,
 Juzga que no hay venganza
 Que hasta el nivel alcance de su ofensa.
 Lucha por desasir de su memoria
 Tu aciaga imagen, tu fatal caída;
 Mas para siempre la quietud perdida,
 Lleva en su mente tu llorada historia
 Con indelebles letras esculpida.
 Cediendo de la culpa á los clamores,

Cometiste, pisando tus deberes,
 El delito mayor de las mujeres,
 Y él padece el dolor de los dolores.
 Vuelve á los piés del ofendido esposo,
 Y al desandar la vía
 Que á la sima del crimen te condujo
 Y á víctima de un pueblo te redujo,
 Recuerda siempre la palabra mía:
 Sin la virtud no hay dicha ni reposo,
 Cristo á la dicha y al reposo guía.....
 Barquilla sin timón y en mar incierto,
 Ave herida en mitad del Océano,
 Sin el auxilio de divina mano
 ¿Podrán llegar al anhelado puerto?"

IV

Núblanse del Mesía
 Los refulgentes y serenos ojos
 Con el mismo dolor que describía,
 Hijo de los agravios
 De la pérdida esposa, que de hinojos
 Sigue á sus piés, sin desplegar los labios.
 Ora Jesús al Dios de las bondades,
 Que al universo rige,
 Y de Jerusalén transpone el muro;
 Anhela respirar aire más puro
 Que el aire corruptor de las ciudades,
 Y sus pasos dirige
 Del desierto á las mudas soledades.
 En silencio profundo
 Marchan tras de Jesús los bienhadados
 Discípulos humildes, destinados
 Á extender su doctrina por el mundo.
 Y Pedro dice al Justo:—"Bondadoso
 Maestro celestial oye mi acento:
 En piélago de dudas proceloso
 Se pierde mi confuso pensamiento.
 Yo vi que los abismos del pecado,
 Do estaba Magdalena, iluminaste;
 Hoy la vida á la adúltera salvaste.
 Pero dime Señor, ¿la has perdonado,
 O tan sólo á sus jueces recusaste?
 ¿Tu corazón se apena,
 Siendo el perdón tu dicha perdurable?
 ¿Es á los ojos tuyos más culpable
 La adúltera mujer que Magdalena?"
 Y responde Jesús:—"¡Desventurada
 La que, en inicuo amor los ojos fijos,
 La paz de la familia rompe osada
 Y el porvenir nubla de sus hijos!
 Sin más mira ni enseña
 Que el deleite liviano,

De miseria en miseria se despeña
Del vicio por la rápida pendiente;
Hunde en el cieno su insensata mano
De madre la corona refulgente,
Y de la culpa en los hediondos brazos
Revuélvese y desata
Del bendecido amor los dulces lazos.
Es la víbora ingrata
Que en caluroso seno recogida,
Helada y aspirante,
Al recobrar la fuerza de la vida
Clava su penetrante
Aleve dardo de ponzoña lleno,
Con ánimo enemigo,
En el incauto seno
Que generoso le prestó su abrigo.
Deja que amargamente
De esa mujer la ingratitud lamentel
La ingratitud, baldón de las criaturas
El rayo vengador hizo preciso,
Al ángel derrocó de las alturas
Y al hombre desterró del Paraíso.—
Y óyeme, Juan:—Mi padre te destina,
Del humano linaje para gloria,
A escribir inspirado mi doctrina,
Siguiendo fiel las huellas de mi historia.
Del cerco de la tierra arrebatado
Tu espíritu á regiones inmortales
Evocará las sombras del pasado,
Y aspirarás las auras germinales
Que en el *principio* á la materia inerte
Arrancaron del sueño de la muerte.
En gigantesco y portentoso vuelo
Atravesando siglos á millares
Y de lo porvenir rasgando el velo,
Verás el día de esperanza y duelo
En que luchen los altos luminares
Incendiando los términos del cielo.
Avida nube sorberá los mares,
La máquina del orbe derruida,
Rotos ya sus fortísimos cimientos,
Sin concierto, sin forma, denegrida
Cual leve arista llevarán los vientos.
Entrando de amor en el santuario,
Referirás mi vida de tristeza,
Que en el portal humilde y solitario
De Betlehen empieza
Y termina en la cumbre del Calvario.
Y al escribir ¡Oh Juan! lo que ahora viste,
Para justa enseñanza de los hombres,
Cuenta la vida triste
De esa infausta mujer, más no la nombres.

Y por tu mano inmaculada escrito
De fuego eterno con buril ardiente,
En su pálida frente
Lleve por todo nombre su delito."

LARMIG.

EL MEDICO JUERGUISTA

Una mañana el doctor Lombroso se levantó como de costumbre, para hacer la visita al hospital. Había pasado una noche de verdadera crápula, en compañía de un matador de invierno, un bajo cómico, dos coristas y un capitán de reserva.

Ya en el hospital, comenzó á hacer sus visitas cama por cama. En una de éstas había un enfermo recién llegado al benéfico asilo.

¿Qué siente usted? le preguntó Lombroso.

—Siento mucha opresión en el pecho.

—¿Y el apetito?

—Ninguno.

—¿Y dolores?

—Sordos.

—Perfectamente. A ver, respire usted con energía.

El doctor apoyó la cabeza sobre el pecho.

—Hable usted algo.

—¿Qué quiere usted que hable?

—Cualquier cosa. Quiero ver cómo funciona el pulmón.

Pero al paciente no se le ocurría cosa alguna, y entonces Lombroso enojado le dijo:

—No sabe usted hablar?

—Sí, señor.

—Pues diga usted algo, cuente usted, uno, dos, tres, cuatro.....y no se pare hasta que yo le avise.

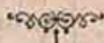
—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.....comenzó á decir el enfermo.

Lombroso, rendido por la fatiga, dejó caer pesadamente la cabeza sobre el pecho del infeliz y se quedó dormido como una marmota.

Cuando despertó, el enfermo decía, con voz apagada:

Seiscientos noventa y ocho, seiscientos noventa y nueve, setecientos.....

LUIS TABOADA.



EL HOMBRE

Una noche del pasado invierno, y encontrándonos al amor de la lumbre, pues había llovido todo el día durante nuestra visita á esa maravilla de las maravillas que se llama *Baalbek*, fue cuando oí contar á un árabe que venía con nosotros de Dama la leyenda que aquí transcribo, ordenando mis notas de viaje.

El soberbio y generoso león acababa de ser muerto, dejando en la selva, para honrar su memoria y perpetuar su raza, á la leona y al cachorro.

Éste ardía en deseos de recorrer el mundo.

—¿Por qué, le decía su madre cubriéndole de caricias, por qué quieres abandonarme?.....¿No es, tás bien aquí?.....Ten cuidado, hijo mío; más allá de estas soledades que forman tu imperio, encontrarás, entre otros peligros, al más terrible, al más cruel de tus enemigos: el que te ha hecho huérfano....., ese ser temible que se llama el hombre.

Cansado de oír todos los días la eterna amenaza, y no tomando consejo más que de su valor, una tarde el heredero del león se marchó, diciendo á su madre:

—No temas por mí; soy joven, soy fuerte, soy valiente como lo fue mi padre; no temo á nada ni á nadie; si me encuentro al hombre, se acordará de mí!

Y el león se fué.

El primer día encontró á un bucy en su camino.

—¿Eres tú el hombre?—le preguntó.

—No, contestó el tranquilo ruminante; ese de quien hablas es mi amo; él me engancha al arado, y si mi marcha le parece lenta, para activar mi paso me pincha las carnes con una punta de acero....

El león se alejó pensativo.

Al día siguiente vió en una pradera á un caballo con los remos trabados.

—¿Eres tú el hombre? le preguntó el feroz viajero.

—Señor, contestó temblando el caballo, no soy el hombre, sino su servidor y su montura; cuando no corro como él desea, me clava en los ijares unas ruedecillas llenas de pinchos.

Sacudió su melena el león, hizo crujir sus dientes, y echó de nuevo á andar, preguntándose con rabia sorda quién podría ser aquel que en el mundo parecía haber sometido todos los seres á sus caprichos, á su fuerza y á su voluntad. Después de algún tiempo, llegó á la India. Su mirada descubrió en seguida un animal de tamaño enorme, y al parecer de invencible fuerza.

—Esta vez no me engaño, dijo al acercarse; eres tú el hombre ¿verdad?

—Te equivocas; yo soy el elefante, y ese cuyo nombre acabas de pronunciar es mi amo y señor. Le llevo sobre mi lomo cuando desea viajar ó cazar al tigre, y

como tiene confianza en mí, me hace guardar sus hijos.

Oyendo estas palabras, se alejó el león, cada vez más preocupado.

De pronto, unos golpes sordos que se oían á intervalos iguales le sacaron de su preocupación.

Pudo observar que los ruidos salían del fondo de la selva.

Y internándose en ella columbró un sitio despejado, adonde se acercó, viendo un roble próximo á caer cortado por el hacha. Ni en ésta ni en el leñador reparó al principio el viajero, que exclamó dirigiéndose al roble:

—¿Eres tú el hombre?

—No, dijo al caer el coloso de la selva; el hombre es ese que acaba de cortarme, y á cuyos golpes muero.

Sólo entonces se dignó el león posar sus ojos en el extraño sér á quien el roble acababa de nombrar; y al verle tan débil y de tan pequeñas proporciones, dejó caer desdeñosamente estas palabras:

—¿Y eres tú ese de quien mi madre me hizo tan terrible pintura? ¿Y es uno de tus semejantes quien osó matar á mi padre? ¿Y eres tú de quien me aconsejaban que huyese?

—Sí, soy yo, contestó sencillamente el leñador.

—Pero desgraciado, ¡si eres la imagen de la debilidad! Mi nombre sólo debía de hacerte palidecer, y de un zarpazo puedo dejarte muerto á mis plantas.

El hombre, sin dignarse responder, hizo un corte profundo en el roble que acababa de morir; luego, volviéndose al león, le dijo:

—Te parezco débil? ¡Mira ese roble! Orgullosos de su fuerza se alzaba derecho y robusto, y sin embargo, ahí lo tienes tumbado,

inerte.....; ya ves lo que puede mi brazo. En cuanto á tu nombre, no me hace palidecer, porque conozco otra fiera más temible: ¡la miseria! y tus rugidos poderosos son para mi oído menos terribles que los de mis cachorros cuando me piden pan. No son, en verdad, mis flojos músculos los que puedo oponer á tu fuerza; pero la idea, el pensamiento, el cálculo, me hacen dueño de tí. ¿Dudas aún? Pues bien, mete una pata en esa hendidura si te atreves, añadió mostrando el corte que había hecho en el tronco, y que mantenía abierto con el hacha.

Al oír decir "si te atreves", obedeció sin dudar el león.

El leñador entonces retiró el hacha, aún impregnada con la savia del gigante de los bosques, y la fiera quedó apresada.

—Y ahora, ¿soy el hombre? dijo gravemente el leñador; ¿soy tu dueño?

Anonadado por tanta audacia, el león bajó la cabeza y guardó silencio, como conviene á todo el que se confiesa vencido.

En cuanto le fue devuelta la libertad, se echó sobre el musgo y empezó á lamerse tristemente la pata, cubierta de sangre.

La fiera vencida repasó tristemente en su memoria todos los incidentes del viaje, y recordó el consejo de la leona su madre.

El hombre entonces se acercó al león, y después de lavarle su herida, sin añadir una palabra, sin volver la cabeza, descuidado y con el hacha al hombro, tomó tranquilamente el camino de su cabaña.

Largo tiempo le siguió con la vista el león, y cuando se vió so-

lo, lleno de vergüenza y dudando ya de su fuerza y de su poder, dos gruesas lágrimas nubieron sus ojos; se levantó cojeando, y vol-

vió lentamente hacia el desierto. Desde aquel día se ha convenido en que el león no atacará jamás al hombre valiente.

FRÉDÉRIC FEBVRE.

LAS DOS COPAS

DOLORA

I

Le dijo á Rosa un Doctor:
—“Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.
Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo:
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.
Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo el borde amargo.
Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es:
Tomar lo amargo es preciso,
Bien antes ó bien después.”

II

Rosa luego, de ansia llena,
Dice en su amoroso afán:

—“Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.
Merced á Doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razón,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazón.
Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.
Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final
Y esto según, el Doctor,
Sabe bien, más sienta mal.
Cumpliré una vez su encargo:
Tú, copa segunda, ven,
Pues tomar antes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.
¡Oh, cuán sabio es el Doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!”

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

LOS PARIAS

Allá en el claro, cerca del monte,
bajo una higuera como un dosel,
hubo una choza donde habitaba
una familia que ya no es.
El padre, muerto; la madre, muerta;
los cuatro niños, muertos también:
él de fatiga; ella de angustia
ellos, de frío, de hambre y sed!

Há mucho tiempo que fui al bohío
y me parece que ha sido ayer.
Desventurados! Allí sufrían
ansia sin tregua, tortura cruel.
¡Y en vano, alzando los turbios ojos
te preguntaban, Señor, por qué?
y recurrían á tu alta gracia,
dispensadora de todo bien!

¡Oh Dios! las gentes sencillas rinden
culto á tu nombre y á tu poder:
á tí demandan favor los pobres;
á tí los tristes piden merced:
más como el ruego resulta inútil,
pienso que un día, pronto talvez,
no habrá miserias que se arrodillen,
no habrá dolores que tengan fe!

Rota la brida, tenaz la fusta,
libre el espacio ¿que hará el corcel?
La inopia vive sin un halago,
sin un consuelo, sin un placer:
Sobre los fangos y los abrojos
en que revuelca su desnudez,
ería querubés para el presidio
y serafines para el burdel!

El proletario levanta el muro,
practica el túnel, mueve el taller;
cultiva el campo, calienta el horno,
paga el tributo, carga el broquel;
y en la batalla sangrienta y ruda,
blandiendo el hierro por Patria ó Rey,
enseña al prócer con noble orgullo
cómo se cumple con el deber!

Mas ¡ay! ¿qué logra con su heroísmo?
¿cuál es el premio, cuál su laurel?
El desdichado recoge ortigas
y apura el cáliz hasta la hez.
Leproso, mustio, deforme airado,
soporta apenas tan dura ley,
y cuando pasa sin ver al cielo,
la tierra, tiembla bajo sus piés!

SALVADOR DIAZ MIRON

-FIN-

INDICE

	PÁGINA
El entierro del sol.....	5
¡Fatalidad !.....	7
Los juguetes de la abuela.....	9
Alemania en China.....	11
Gota de ajeno.....	17
Frío en el corazón.....	17
Para una dama.....	18
El calumniador.....	19
Mignon.....	20
Evocación.....	21
La República Doméstica.....	24
En el mar.....	26
A una amazona.....	27
Rule Britania.....	27
El Papa ha muerto.....	30
En el polo.....	32
Los nervios.....	33
Fidelia.....	36
Modestia republicana.....	37
La soledad.....	38
Una sesión en la cámara de diputados del porvenir.....	41
Cielo.....	43
Asunto para un drama.....	44
A un padre.....de la patria.....	47
Padre é hijo.....	48
Un poema.....	50
Contra pereza diligencia.....	51
Sotto voce.....	53
Por el camino.....	54
Para tí sola.....	59
Poderoso caballero.....	61
Amorosa.....	63
Muerta.....	63
El ala del cuervo.....	64
¡Al fin solos !.....	66
Valor cívico.....	67

Los crucificados.....	70
Balada de Año nuevo.....	71
Esperanza en Dios.....	74
Consejos á una niña.....	77
Los mejores ojos.....	77
Insomnio.....	77
María ó el Pañuelo azul.....	78
Tumbas húmedas.....	80
El cumplimiento del deber.....	81
La naturaleza.....	83
El gorrión.....	88
Poder del canto.....	89
Guayabitas de San Juan.....	89
De Noviembre.....	93
Elisa Geoffray.....	93
El borracho.....	96
La niña.....	97
En su reja.....	98
El año dos mil.....	99
Castigo del orgullo.....	102
Mi patria.....	103
Escucha.....	103
Maruja.....	104
Moisés.....	105
El hombre público.....	106
Himno de la mañana.....	108
Leyendas inéditas.....	108
Filosofía.....	110
Recuerdos y esperanzas.....	110
El papá de San Antonio.....	111
Constelaciones.....	113
La dote de Claudia.....	115
El boga.....	117
La naturaleza.....	118
Revelaciones.....	119
La princesa Jama May.....	120
Tiempo que fue.....	122
La adolescente.....	123
El alma.....	126
A rey muerto.....	127
Rima.....	129
La tumba.....	130
Mi muela.....	133
Pequeño poema en prosa.....	134
El paje.....	135
Una llamada á tiempo.....	136
La idea.....	139
Un cuentico.....	140

Resurrección	140
Escenas campesinas.....	141
Otelo.....	143
Las estrellas.....	145
Cuestión de correo.....	149
La vida por un beso.....	151
Tempestad.....	153
La buena fe.....	154
Odio y amor.....	155
Lección gramatical.....	155
El divorcio.....	156
A la juventud republicana de Colombia.....	158
¿ Por qué era rubia ?.....	160
La mujer adúltera.....	162
El Médico juerguista.....	167
El hombre.....	168
Las dos copas.....	170
Los Parías.....	170

